



Historia de un resentido

(Apuntes para una biografía dramática, divididos en tres actos, en prosa)

Joaquín Calvo-Sotelo

PERSONAJES

PILAR.
CRISTINA.
ENGRACIA.
UNA SEÑORA DE COMPAÑÍA.
REMEDIOS.
LA CRIADA.
DALMIRO QUINTANA.
LORENZO MONTEVERDE.
ANTONIO.
GABRIEL.
EL CRONISTA.
EL PÁRROCO.
DON ABILIO.
EL SARGENTO.

El acto primero inicia su acción en octubre de 1921 y concluye en el mismo mes de 1924. Del primero al segundo transcurren tres años. El segundo comienza en mayo de 1927 y acaba en junio de 1931. El tercero, en marzo de 1932 para terminar en abril de 1939.

Acto I

Al comenzar, la voz de DALMIRO QUINTANA se oye entre las cortinas.

DALMIRO.- Ya acabó todo. ¿Dónde está esa flecha invisible que dice: «A la fama, al éxito, a la gloria»?... ¿Para quién luce? ¿En dónde nace la senda que lleva a ese rincón dorado? Y, al fin y a la postre ¿qué pueden importarme esas quimeras?

CRONISTA.- **(Aparece por el lateral izquierda. Es un hombre de cincuenta años, de pelo gris, que viste de negro.)** Este que habla es, amigos míos, Dalmiro Quintana León, y yo su cronista. ¿Le oyeron bien? Voy a explicarles su vida desde mil novecientos veintiuno, en que le conocí, hasta mil novecientos treinta y nueve, en que... sucedió todo. Cambió poco en ese tiempo. Por fuera, claro. Por dentro, sí, mucho... Enormemente... En mil novecientos veintiuno, Dalmiro Quintana y León tenía veintiséis años. Era un muchacho muy metido hacia dentro, desdeñoso de los demás y con un gran sueño de gloria. Mi hermana Pilar le amaba...

(DALMIRO aparece por el lateral de la derecha. Se reclina en el farol y se pone a hablar por señas, con el alfabeto clásico de los novios de entonces y los niños de siempre, a alguien que se supone que le está mirando desde el ángulo superior izquierda del escenario.)

Vivíamos en Madrid, en la calle de Felipe Cuarto, cerca del Museo de Artillería. Había aún muchas casas sin teléfono por aquel entonces. Y cada farol tenía su enamorado de guardia y su semáforo a punto... Los visillos de las altas ventanas se entreabrían para recibir y corresponder a mil dulces mensajes. Pilar bajaba con la muchacha. A hurtadillas de mi padre, gozaba las delicias de unos minutos de idilio...

(PILAR surge por la izquierda. Es una bella muchacha de veintidós años. Lleva abrigo. A prudente distancia, la CRIADA, envuelta en su mantón, la espera.)

PILAR.- Hola, Dalmiro.

CRONISTA.- Mi hermana Pilar era en aquella época una bonita criatura...

(El CRONISTA hace mutis, levemente, por la izquierda. PILAR avanza al encuentro de DALMIRO. Con timidez, como si temiera ser reñida.)

DALMIRO.- ¿Es que no me entiendes?

PILAR.- Sí, claro.

DALMIRO.- No, ya he visto que no... Repítame lo que te he dicho.

PILAR.- Alguna palabra se me ha escapado. Por eso...

DALMIRO.- ¿Cuáles cogiste?

PILAR.- «Entre rejas... no sé qué... de las estrellas».

DALMIRO.- No, no. «Enrejado dosel de las estrellas».

PILAR.- (**Humilde.**) ¡Ah, bueno, sí!

DALMIRO.- ¿Y qué más?

PILAR.- «Azul muceta... con diamantes divinos».

DALMIRO.- «... con diamantes vivos...»

PILAR.- Dalmiro, me ha hecho mucha ilusión que me dijeras tus versos por señas; pero no vuelvas a hacerlo. No creas que te veo demasiado bien, y me confundo.

DALMIRO.- Eres lenta de imaginación, Pilar, y me comprendes mal.

PILAR.- Eso, no, Dalmiro. Por lo menos hago lo posible por comprenderte. Y, sobre todo, te quiero mucho; ya lo sabes.

DALMIRO.- ¿Y por qué me quieres?

PILAR.- Porque, me hablas como he soñado siempre que me hablase el hombre que yo quisiera: autoritariamente. Porque, me mandas y yo me doy cuenta de que no sabría desobedecerte. Y porque me gusta verte bien plantado y firme.

DALMIRO.- Tu hermano tiene veinte amigos bien plantados y firmes. No es ese un privilegio mío. Lo mejor de mí tal vez lo ignoras.

PILAR.- Todo lo tuyo me parece maravilloso. Pero no sé a qué te refieres.

DALMIRO.- Yo siento muchas cosas que los otros no sienten. Hay mil palabras y mil ideas que me hierven dentro y que he de sacar fuera de mí. Por eso escribo... A mis amigos no les sucede nada de eso. Parecen fósiles o vegetales. Yo soy distinto.

PILAR.- Sí, ya lo sé. Por eso, te quiero. (**Lo espía.**) Tú, también, ¿verdad?

DALMIRO.- Sí, claro.

PILAR.- (**En el mismo tono.**) Si no, no me escribirías esos versos...

DALMIRO.- (**Ambiguo.**) ¿Crees tú...?

PILAR.- ¿O no soy yo quien te los inspira...?

DALMIRO.- (**Sin convicción.**) Sí, sí; eres tú. (**Transición. La mira a los ojos.**) ¿Has llorado?

PILAR.- No...

DALMIRO.- Sí, lloraste. ¿Qué te pasó?

PILAR.- Alguien le contó a papá que tú fuiste el cabecilla de los del Ateneo.

DALMIRO.- ¿Ah, sí?

PILAR.- Y que echaste un tintero en el busto del rey...

DALMIRO.- ¡Caramba, qué bien informado!

PILAR.- «Le estaría bien merecido que le dieran una paliza y le metieran unos días en la cárcel...». Ese fue su comentario.

DALMIRO.- ¡Vaya!

PILAR.- Y yo, entonces, me indigné y le dije que tú no habías hecho nada malo. Como es la primera vez que me atrevo a llevarle la contraria, se quedó tan sorprendido que no encontraba palabras con qué contestarme.

DALMIRO.- Menos mal.

PILAR.- Pero lo peor es que, por fin, las encontró. **(Pausa. Casi con rubor.)** Otra cosa le oí que me dolió muchísimo.

DALMIRO.- ¿Qué?

PILAR.- «Que estabas matando el tiempo conmigo, pero sin intención ninguna de casarte, gracias a Dios», añadió. Y que seguías enamorado... ya sabes de quién..., de Cristina.

DALMIRO.- ¡Bobadas! ¿Y qué más?

PILAR.- Que hacía cinco años que habías acabado la carrera de abogado y que ya iba siendo hora de que te preocupases de tu porvenir.

DALMIRO.- Y tú, ¿qué contestaste?

PILAR.- Que te sobraba talento para todo y que tenías mucho tiempo por delante. «Que tu padre no iba a vivir eternamente...» Imagínate.

DALMIRO.- Claro que no. Pero cuando me falte... **(Soñador.)** espero ser conocido... y pisar fuerte. ¡Bah, no te preocupes, Pilar! **(Transición.)** Oye, me atrae a ti el que tú creas en mí, en que soy capaz de hacer algo. Cuando, en voz baja, como si te hablase de amor, te digo: «Yo tengo talento, Pilar, yo tengo talento», me doy cuenta de que es muy importante el que te pueda hacer estas confidencias y que tú las escuches. Una novia es un espejo en el nos vemos como soñamos ser, quizá no como somos. **(Saca una pequeña agenda y un lápiz y apunta algo en ella.)**

PILAR.- ¿Qué apuntas, Dalmiro?

DALMIRO.- No... Estas cosas que se me ocurren así..., de pronto, en la conversación.

PILAR.- ¿Para decírselas a otra?

DALMIRO.- Sí; pero no de carne y hueso, como tú, celosa..., sino a un personaje de novela..., o de cuento..., o de teatro.

PILAR.- ¿Sabes que mamá me pregunta siempre qué es lo que me dices?

DALMIRO.- **(Halagado.)** ¿Sí?

PILAR.- Le haría ilusión que le repitiera todo lo que hablamos, palabra por palabra... La pobre aprendió aquellos versos que me escribiste el día de mi cumpleaños. «Veinte veces la Tierra en derredor del Sol - ha girado llevando sobre sí tus miradas».

DALMIRO.- **(Violento.)** ¡Tu mirada, no tus miradas!

PILAR.- Bueno, es igual.

DALMIRO.- Es lo mismo en la conversación, en la vida, en los expedientes, si acaso se usa alguna vez esa palabra; pero en poesía no es igual mirada que miradas. Y tú pareces ignorarlo.

PILAR.- No te enfades, Dalmiro. Antes de conocerte, claro, ignoraba

muchas cosas. Por eso me equivoco todavía.

DALMIRO.- Esos versos y otros se los envié a Lorenzo Monteverde para que me diese su opinión.

PILAR.- ¿Y te ha contestado?

DALMIRO.- No, no contesta nunca, según me han dicho; pero los habrá leído y retendrá mi nombre. Él vive en Villaloma, no muy lejos de la finca de mi padre, Yo sueño con conocerle un día. ¡Qué escritor admirable!

(La CRIADA se acerca ahora un instante, con aire de cómplice a PILAR.)

CRIADA.- Señorita Pilar, la señora acaba de bajarse del tranvía. **(Señala a la derecha.)**

PILAR.- Te dejo entonces, Dalmiro. Me da vergüenza que me vea contigo. Ven mañana a las ocho. ¿Podrás?

DALMIRO.- Creo que sí.

(Y, seguida de la CRIADA, PILAR hace mutis por la izquierda. Él lo inicia en dirección contraria. Se sube el cuello del abrigo, se, baja el ala del sombrero y parece dispuesto a cruzarse con la madre de PILAR sin saludarla. Así, lo hace, en efecto pero la madre, cuando ya DALMIRO desapareció por la derecha, le reconoce, gira sobre sus talones y le llama. La madre, ENGRACIA de nombre, viste como una mujer de la clase media acomodada: Lleva sombrero. Su continente, su rostro, que los años y los dolores mustiaron por igual, no hablan hoy al amor. Pero en sus ojos, que le brillan emotivamente, resplandece una luz nostálgica.)

ENGRACIA.- **(Con el temor de ser oída.)** ¡Dalmiro, Dalmiro!

(DALMIRO, que bahía hecho mutis, lo deshace. Se descubre.)

DALMIRO.- Señora.

ENGRACIA.- Cúbrase, cúbrase...

(DALMIRO tarda algunos segundos en obedecerla.)

Mire, le llamo... porque sospecho que Pilar le habrá contado lo que sucedió hoy. Mi marido... es buenísimo, claro; pero se puede ser distinto de como es él y ser bueno también. Y yo lo único que deseo es que mi hija sea dichosa. Y estoy segura de que usted es el hombre capaz de conseguirlo.

DALMIRO.- Muchas gracias; señora.

ENGRACIA.- ¿Sabe, además, lo que pasa a mi marido? Que nunca ha leído versos..., y cree que eso es perder tiempo. Y hacerlos, más aún, naturalmente. Fíjese qué absurdo, ¿verdad? Y yo no estoy de acuerdo. ¡Qué va! Al revés... Para mí, lo primero, los versos. Media vida hubiera dado porque me los hubieran escrito. Debe, de ser tan emocionante... Yo lo veo por mi hija... Una amiga mía se casó con un poeta, Sebastián Ozores... ¿No oyó usted hablar de él?

DALMIRO.- Sí, claro... ¡Pobre diablo!

ENGRACIA.- Ah; no...! ¿Por qué lo dice? ¿No le gustaba cómo escribía?

DALMIRO.- No tenemos nada en común.

ENGRACIA.- Pues escribía muy bien..., lindo, lindo, lindo... Y cada día y cada hora le mandaba poesías tuyas. Y en unos juegos florales que hubo en El Escorial pronunció un discurso precioso. A mí todas esas cosas me enamoran. Y yo pienso: ya que no las tuve, que las tenga mi hija. ¿Me comprende?

DALMIRO.- Sí, señora.

ENGRACIA.- Bastante provisión hay en casa de papelotes y de «Gacetas» y de zarandajas. Versos, y novelas, y cuentos, y comedias bonitas... Usted escribe comedias también, ¿verdad? Pilar me lo ha dicho... ¡Qué maravilla! ¿Por qué no se las manda? Y, ¿le importará que las lea?

DALMIRO.- De ningún modo.

ENGRACIA.- Vaya... pues nada más. Adiós, Dalmiro.

DALMIRO.- Adiós, señora.

ENGRACIA.- ¡Ah! Hay otra cosa que también quería decirle.

DALMIRO.- ¿De qué se trata?

ENGRACIA.- **(Parece no decidirse.)** Lo de... Cristina Ardid, ¿pasó ya?

DALMIRO.- **(Borrosamente.)** ¡Claro...!

ENGRACIA.- **(Con cierto aire de triunfo, como si le diese un argumento a favor de una tesis que ella hubiera defendido.)** ¡Ya lo sabía yo! Me alegra mucho oírle, Dalmiro. Así estoy más tranquila. **(Al borde del mutis por la izquierda.)** Alguno de sus versos me los aprendí de memoria.

DALMIRO.- ¿Sí?

ENGRACIA.- «Veinte veces la Tierra en derredor del Sol - ha girado llevando sobre sí tus miradas...». ¿No es así?

DALMIRO.- Aproximadamente, señora.

ENGRACIA.- Buenas noches, Dalmiro.

DALMIRO.- A sus pies.

(Se queda pensativo mientras la ve marchar. Después gira en redondo e inicia a su vez el mutis por la derecha. Antes que se vaya, surge GABRIEL por la izquierda. GABRIEL es un muchacho joven.)

GABRIEL.- Al fin... Dalmiro; venía buscándole. **(Habla con cierta zozobra.)**

DALMIRO.-

(Va a responderle, pero alguien viene por la lateral contraria, que se lo impide.)

Un momento...

(Es CRISTINA Ardid. CRISTINA Ardid es una mujer vistosa y sensual. Viste, igual que PILAR, a la moda de 1921, si bien mucho más elegante y ricamente. La sigue una redonda y enlutada señora de compañía, que se detiene a respetuosa distancia de ella cuando DALMIRO se acerca a saludarla.)

Cristina...

CRISTINA.- (Sigue su camino.) Adiós, Dalmiro.

DALMIRO.- (Cuando ya ha pasado ella, le detiene.) Cristina.

CRISTINA.- ¿Qué hay, Dalmiro?

DALMIRO.- (Desalentado al ver la frialdad de ella.) Nada... nada.

CRISTINA.- Pues... mira: yo, sí; quiero que sepas algo.

DALMIRO.- (Súbitamente encendido.) Dime.

CRISTINA.- (Tras una larga pausa, consciente del dominio que ejerce sobre DALMIRO. Con una sonrisa un poco ambigua.) ¿Vas a seguir haciendo chiquilladas?

DALMIRO.- (Violento.) ¿A qué llamas chiquilladas?

CRISTINA.- Escucha, Dalmiro: ya no somos niños... Hubo un tiempo, hace... cinco o seis años, en que tus cartas... y tus versos... y el que me rondases, pudo divertirme y hasta halagarme... Pero ahora todo es diferente. ¿Entiendes?

DALMIRO.- Sí...

CRISTINA.- ¿Qué es lo que te propones? ¿Comprometerme?

DALMIRO.- No, Cristina.

CRISTINA.- Voy a casarme.

DALMIRO.- ¡No es verdad!

CRISTINA.- Claro que lo es. ¿O no crees que haya un hombre hecho y derecho que me quiera?

DALMIRO.- Claro que sí.

CRISTINA.- Hasta hoy he podido tomar a broma tus miraditas, tus pasadas por la calle, tus poemas...; pero me temo que, si sigues insistiendo, la cosa acabe mal.

DALMIRO.- Estate tranquila, Cristina. Para mí, como si te hubieses muerto.

CRISTINA.- Magnífico; así se habla.

DALMIRO.- Yo también voy a casarme, y aún pudiera suceder que antes que tú.

CRISTINA.- Me alegra mucho. ¿Tienes novia, formal? Pues enhorabuena, Dalmiro. Y adiós.

DALMIRO.- Adiós para siempre.

CRISTINA.- ¡Oh, qué dramático...! (Sin darle importancia.) Adiós, Dalmiro.

DALMIRO.- Adiós.

(Seguida por su señora de compañía, CRISTINA se va por la derecha. El CRONISTA llega por la izquierda. GABRIEL se acerca de nuevo a DALMIRO.)

GABRIEL.- Dalmiro, hay una noticia...

DALMIRO.- ¿Qué sucede?

GABRIEL.- Algo desagradable. Debe salir para Villaloma. Le están buscando de su casa. Su padre se ha puesto enfermo de repente.

DALMIRO.- No...

(Y los dos hacen mutis por la izquierda.)

CRONISTA.- Llegó tarde. Don Manuel Quintana falleció en los últimos días de diciembre de mil novecientos veintiuno. Casi no dejó más que deudas. Dalmiro intentó que el Estado le echase una mano como suele hacerlo a quien recita unos temas delante de un tribunal cualquiera; entiéndase que preparó unas oposiciones. Simultáneamente, rebañando las únicas pesetas sobrantes de la herencia, publicó un libro de versos titulado *Planetario*. Pilar le ayudó, oyendo misa diaria en los Jerónimos.

(GABRIEL entra por la derecha. Trae una bicicleta que recuesta en un farol.)

Se me olvidó presentarles a Gabrielito Núñez. Aun cuando ustedes lo notarán muy pronto, sepan que estuvo siempre enamorado de Pilar. Esta escena de una mañana de marzo de mil novecientos veintidós fue la última de una etapa de su vida.

(PILAR viene por la izquierda. Lleva velo y trae un devocionario en la mano. GABRIEL se le acerca y la saluda. PILAR se detiene y habla con él amablemente.)

GABRIEL.- ¡Qué casualidad! De misa, ¿no? ¿A que sé lo que pide a los santos?

PILAR.- Tal vez.

GABRIEL.- Que Dalmiro gane sus oposiciones.

PILAR.- Acertó usted.

GABRIEL.- Las ganará, estoy seguro. Sé que trabaja mucho.

PILAR.- ¿Verdad que sí? También les pido que *Planetario* sea un éxito.

GABRIEL.- ¡Ojalá!

PILAR.- Y usted, ¿qué hace?

GABRIEL.- Corro estas muestras. **(Le enseña una caja de cartón negro que lleva consigo.)**

PILAR.- ¿Con éxito?

GABRIEL.- En ocasiones, sí; en otras, no.

PILAR.- Y, ¿va ya al trabajo?

GABRIEL.- Es la mejor hora. Después, cuando empiezan a llegar los compradores a las tiendas, es difícil que le escuchen a uno.

PILAR.- Pobre... **(Transición.)** Gabriel: que los dos consigamos lo

que queremos.

GABRIEL.- Dalmiro triunfará en cuanto se proponga.

PILAR.- Y usted también, ¡qué caramba!

GABRIEL.- **(Un poco enigmáticamente.)** Yo no tengo quien haga novenas por mí. **(Con emoción contenida.)** ¿Se casarán pronto?

PILAR.- A Dalmiro le han entrado las prisas... ¿Sabe qué otra cosa pido en los Jerónimos?... Que no se oponga mi padre.

GABRIEL.- De todo corazón se lo deseo.

PILAR.- Muchas gracias, Gabriel. Y buenos días.

GABRIEL.- Buenos días, Pilar.

(PILAR hace mutis por la derecha. GABRIEL coge su bicicleta y hace mutis, igualmente sin subirse a ella hasta el límite contrario.

Allí se detiene, mientras sigue a PILAR con la mirada.)

CRONISTA.- Permítanme ahora que les enseñe mi casa. **(Las cortinas se descorren y dejan ver una habitación modestamente amueblada, pero con cierta femenina gracia. En ella, mientras la madre cose, DON ANTONIO bebe pausadamente una taza de café. Es un hombre de cincuenta y tantos años, severo, honesto, intransigente, y que parece entender de pocas cosas que no sean las relacionadas con su condición de funcionario.)**

Lo que voy a contarles sucedió una tarde de septiembre de mil novecientos veintidós, poco después de que Dalmiro perdiese sus oposiciones. **(Y hace mutis por el interior derecha.)**

ANTONIO.- ¿Y Pilar? ¿Qué le pasa a Pilar? Anda nerviosa, de un lado a otro, y no para en ningún sitio. ¿Qué es lo que tiene?

ENGRACIA.- Sé lo mismo que tú. **(Diríase; sin embargo, que sabe más.)**

ANTONIO.- ¡Pilar!

PILAR.- **(Aparece por la derecha con un libro en la mano. Una imperceptible zozobra trasciende de sus palabras.)** Dime...

ANTONIO.- ¿Qué haces?

PILAR.- Nada de particular, papá. Leo.

ANTONIO.- ¿Qué libro es ése?

PILAR.- «Agua amarga», de Lorenzo Monteverde.

ANTONIO.- Ese libro... y otros semejantes, costaron la oposición a Dalmiro. La poesía lírica y el Derecho Civil son incompatibles.

PILAR.- ¡Bah!, cada vez que pienso sobre eso, me convenzo de que Dalmiro no perdió nada retirándose. Hubiera sido más desgraciado ganando sus oposiciones que perdiéndolas.

ANTONIO.- Por lo menos, hubiera resuelto su vida.

PILAR.- Ya la resolverá.

ANTONIO.- De abogado en Villaloma...

PILAR.- Sí, por fin le han dado la asesoría del Ayuntamiento. Deseo que sepas que la ha aceptado, que vamos a casarnos... **(Suena dentro un**

timbre.) Y que Dalmiro viene a decírtelo. **(Estas últimas palabras las silabea lentamente.)**

ANTONIO.- ¿Te has vuelto loca?

PILAR.- Creo que no.

(La CRIADA asoma por el foro.)

CRIADA.- Es el señorito Dalmiro... **(Da la noticia concierta perplejidad y zozobra.)**

ANTONIO.- Eso no está bien, Pilar.

PILAR.- Temimos que, de otra manera, no le recibieses. **(La actitud DON ANTONIO hace temer que de ésta tampoco. ENGRACIA interviene conciliadoramente.)**

ENGRACIA.- Por Dios, nada te cuesta oírle, Antonio.

PILAR.- Yo te suplico que...

ANTONIO.- Dejadme...

(PILAR y ENGRACIA hacen mutis por la derecha. A la CRIADA.)

Que entre.

(La CRIADA se va por el foro. A los poco segundos, DALMIRO.)

DALMIRO.- Buenas tardes, don Antonio.

ANTONIO.- Buenas tardes, Quintana. Siéntese.

DALMIRO.- Ha de disculparme si me presento... así... de improviso.

ANTONIO.- No se preocupe demasiado por eso. La verdad es que un día u otro teníamos que hablar. Quizá el de hoy esté bien elegido.

DALMIRO.- Don Antonio...

ANTONIO.- **(Le ataja.)** Escúcheme, Dalmiro. Sé lo que va usted a decirme. Es la primera vez que conversamos, y, sin embargo, creo conocerle a fondo. Perdóneme si le planteo la cuestión con crudeza. No me gustan los rodeos. ¿Por qué no deja usted a Pilar? Llevo mucho tiempo reflexionando sobre esto y he llegado a la conclusión de que usted no es el hombre capacitado para hacerla dichosa.

DALMIRO.- ¿Qué le lleva a suponerlo? ¿Mis ideas políticas?

ANTONIO.- Yo prescindo de sus ideas, Dalmiro, aunque sé que son muy distintas de las mías..., de las nuestras.

DALMIRO.- No es preciso ser monárquico apostólico romano, para ser una persona decente, se me ocurre.

ANTONIO.- Claro que no... Por otra parte..., ese sarampión revolucionario se lo curarán los años.

DALMIRO.- ¿Cree usted?

ANTONIO.- Pronto se reirá de sus soflamas ateneístas, de sus «manifiestos al país»... No, no, se lo aseguro; sus ideas no cuentan en este caso.

DALMIRO.- ¿Por qué me habla usted, entonces, de ese modo?

ANTONIO.- Por algo más hondo que eso. Mi hija es una buena

muchacha, pero ajena a su mundo. La mujer de un escritor... necesita estar conformada de otro modo. Pilar es mujer de pocas letras, y las pocas, con seguridad, vulgares. Será, sin duda alguna, la esposa ideal de un hombre sencillo que no ambicione la gloria. Pero usted no es de esos. Y si ella no es dichosa, es difícil que lo sea usted.

DALMIRO.- Su hija piensa lo contrario.

ANTONIO.- Sí, de momento, es posible: está alucinada. Cuando el tiempo transcurra y la realidad se imponga, usted advertirá que ella no tiene la formación que le conviene para ser su compañera, y ella, que usted no es el hombre que va con su carácter.

DALMIRO.- También yo le conozco, don Antonio, aun sin haberle hablado nunca. Para usted, el mundo es una oficina inmensa, con muchos millones de escribientes y de jefes de Negociado, lleno de pólizas y de usías ilustrísimas. Y, fuera de eso, el resto es solamente el caos, la esterilidad o la vida bohemia.

ANTONIO.- Yo no le planteo un problema de clases, Dalmiro. Yo puedo amar mi oficio y comprendo que usted ame el suyo. Lo que le digo es mucho más concreto: su oficio no va con Pilar. Si usted fuera un concertista de piano o un pintor famoso, le hablaría igual.

DALMIRO.- ¿Qué idea tiene usted de su hija?

ANTONIO.- Mi hija no lo sabe, pero yo sí: para ella quien no es funcionario, es ya aventurero. Usted, con sus versos, y su rebeldía, y su personalidad, que no le niego, es su aventura. Y, parte del cariño que le da, es fruto de su imaginación. Ahora bien: su corazón no se siente tranquilo.

DALMIRO.- Se equivoca, usted. Pilar está enamorada de mí.

ANTONIO.- ¿Y usted? ¿Está usted enamorado de Pilar?

DALMIRO.- ¿Por qué, si no, esta visita?

ANTONIO.- Aún hace pocos meses, si mis informes son ciertos, rondaba usted, como si fuese libre todavía, a Cristina Ardid...

DALMIRO.- Cristina Ardid me importa un bledo.

ANTONIO.- Quizá... Sin embargo, usted tampoco quiere a mi hija.

DALMIRO.- Figúrese lo que le plazca.

ANTONIO.- No, no... Tal vez su bondad, su deslumbramiento, su admiración por usted, le conmuevan un poco. Pero usted no la quiere.

DALMIRO.- Mire, don Antonio: eso es asunto nuestro. En cuanto a usted, ¿se opone a que sigamos en relaciones?

ANTONIO.- Sí.

DALMIRO.- ¿A que nos casemos?

ANTONIO.- Sí.

PILAR.- **(Súbitamente, por la derecha. ENGRACIA, segundos más tarde.)** Eso no es bastante, papá. Yo cuento también, me parece.

ANTONIO.- **(Severamente.)** ¡Pilar!

PILAR.- ¿Qué es lo que pretendes? ¿Crees que sobro en esta conversación?

ANTONIO.- Ya hablaremos después tú y yo.

PILAR.- No, papá. Ahora mismo. Y muy poco. Y para siempre. Estoy resuelta a casarme con Dalmiro.

ANTONIO.- Será sin mi consentimiento.

ENGRACIA.- Antonio, te pido...

ANTONIO.- No cambiaré de actitud. Es su felicidad la que defiendo.

PILAR.- Déjame a mí buscar mi felicidad. Yo sé bien dónde he de encontrarla.

ANTONIO.- No conoces la vida, Pilar. ¿Cuáles son vuestros proyectos? ¿Ir a Villaloma, con un sueldo mezquino, a moriros de hambre?

DALMIRO.- Ya salió el porqué de sus negativas: no soy un buen partido. Bien, don Antonio, me doy por notificado. Usted se opone a que me case con su hija; pero su oposición tiene, naturalmente, un límite.

PILAR.- Escucha, papá. Yo hubiera dado lo que fuese por no hablarte así... El veintiséis de noviembre seré mayor de edad. Ese mismo día saldré de esta casa para casarme con Dalmiro.

ENGRACIA.- Hija mía...

ANTONIO.- Allá tú. Ojalá no lo llores más tarde.

PILAR.- No, ten por seguro que no. Pobre o rica, aquí o allí, donde sea, feliz o desgraciada, mi vida no es posible sino a tu lado, Dalmiro. Ya lo sabes: te quiero. Te querré siempre, siempre... **(Se acerca a él y le abraza. Lentamente se cierran las cortinas.)**

CRONISTA.- **(Entra por el lateral izquierda.)** Y así fue. Mi padre, mantuvo su veto y no cejó. El veintiséis de noviembre, Pilar fue depositada en casa de Matilde, una hermana de mi padre. Dalmiro vino a buscarla.

(Se oye dentro el cascabeleo de un coche de alquiler, y seguidamente DALMIRO sale del ángulo derecho. Lleva abrigo, y durante unos segundos se pasea arriba y abajo.)

Pilar, acompañada de mi madre, subió al coche.

(Todo pasa de acuerdo con lo que dice el CRONISTA. La CRIADA carga dificultosamente una maleta. DALMIRO se descubre al ver a ENGRACIA y PILAR y saluda a las dos sin palabras. A continuación hacen mutis por la derecha.)

Meses, después se casaron. A mediados de mil novecientos veinticuatro fueron a Villaloma. Este farol lució con seguridad aquella noche y muchas noches más. Pero, para mí, fue como si se hubiese apagado de modo definitivo. **(Se apaga, en efecto.)** Con la marcha de Pilar, la casa, la calle, un poco la ciudad entera, quedó vacía. La casa, sobre todo. Otra luz se encendió, poco después, en Villaloma, en un pequeño pisito cercano a la plaza. Pero aquella luz, amigos, yo no la vi brillar nunca...

(Oscuro.)

(Mientras suenan las campanas de la Iglesia, el PÁRROCO de Villaloma y DON ABILIO se pasean arriba y abajo por la carretera de Madrid. DON ABILIO es uno de los sesudos varones de Villaloma, un representante de sus fuerzas vivas. Fumará puro en todo momento. Luce un bigote sin guías, pero frondoso. Con ellos, el SARGENTO de la Guardia Civil. Viste de uniforme, lleva un gorriño cuartelero; el PÁRROCO naturalmente, de sotana. Los tres caminan a paso de balneario. Cuando agotan la escena en un sentido, la recorren en otro. Siempre que llega ese trance, el SARGENTO maniobra para quedarse entre los dos, ocupando así la presidencia. Pero DON ABILIO se lo impide, cambiándose de lado y cediendo al PÁRROCO el puesto de honor. Ese juego deberá hacerse un par de veces a lo largo de la comedia. Es abril de 1924.)

PÁRROCO.- (Al SARGENTO.) ¿Y se ha enterado usted de quién es ese don Dalmiro Quintana?

SARGENTO.- Sí, hombre, sí. Villaloma es muy chiquita y no se me escapa nada. Se casó hace poco. ¿Y sabe usted de qué viene? Pues de letrado del Ayuntamiento. Este don Dalmiro es hijo de aquel otro Quintana, del dueño del Romeral, que no queda muy lejos de aquí, que murió dejando la finca embargada y una de líos que para qué contarle.

PÁRROCO.- Y ¿qué más sabe usted de él?

SARGENTO.- Pues, hombre, nada más. ¿Usted le ha visto en la iglesia?

PÁRROCO.- Yo, no... Claro que el tiempo que se tarda en decir, «*Dominus vobiscum*» es muy corto y yo no doy abasto... Y menos ahora, que ya me van quedando cortos los cristales... **(Se refiere a las gafas que lleva puestas.)**

DON ABILIO.- Pues miren, por donde, yo sé más que ustedes.

PÁRROCO.- El café de la plaza es un observatorio de primer orden, don Abilio.

SARGENTO.- Y ¿qué es lo que sabe?

DON ABILIO.- Poco, pero no muy bueno. **(Se detienen.)** Yo tengo un retrato del rey junto a la botillería, ¿no? Pues ayer se me cayó al suelo. ¿Y sabe usted lo que me dijo cuando lo recogía? «Déjelo donde está, buen hombre, que no vale la pena de que lo ponga tan alto... Salvo que sea para colgarlo».

PÁRROCO.- Vaya, vaya, republicanito nos sale el mozo.

SARGENTO.- Me alegro que me lo diga, para meterlo en la lista. Hay tres o cuatro más por el pueblo de su misma cáscara. El maestro, uno de ellos.

DON ABILIO.- Afán de distinguirse.

SARGENTO.- Yo me los tengo muy bien apuntados... y si se me desmandan... sin contemplaciones... ¡duro y a la cabeza!

PÁRROCO.- Calma, calma, sargento.

SARGENTO.- Y, por cierto ¿no es ese?

DON ABILIO.- El mismo que viste y calza.

**(Por el lateral izquierdo aparece, en efecto, DALMIRO QUINTANA.
Se les acerca.)**

DALMIRO.- ¿Saben ustedes dónde vive Lorenzo Monteverde?

PÁRROCO.- Usted es el abogado, ¿verdad?

DALMIRO.- El mismo.

PÁRROCO.- Me alegra conocerle. Aquí el sargento y don Abilio.

DON ABILIO.- Le serví el otro día, en el café.

DALMIRO.- Mucho gusto en saludarles.

PÁRROCO.- La casa de Lorenzo Monteverde está, entrando por la última calle, a mano derecha.

DALMIRO.- Gracias, señores... Buenas tardes. **(Y se va, poco interesado, según se advierte a simple vista, en estrechar lazos con los hombres de Villaloma.)**

PÁRROCO.- Secote me parece el muchacho.

DON ABILIO.- Sí, el hablar no le pierde.

SARGENTO.- ¡Huy, huy, huy!... Con este hay que andar con cuidado.

DON ABILIO.- A ver al coplero... Dios los cría y ellos se juntan.

PÁRROCO.- Hombre, tanto como coplero... Yo no entiendo a Monteverde, pero dicen que es casi una gloria nacional. Y me es simpático, tratado.

DON ABILIO.- Está loco como un cencerro. Y cada vez bebe más. Me contó don Cayetano, el del cine, que el otro día estuvo a dos pasos del «*delirium tremens*».

PÁRROCO.- Bueno, señores, seamos piadosos con el prójimo.

SARGENTO.- Conforme; pero a este prójimo no pienso quitarle ojo...

(Se van por la derecha.)

(Ahora, al descorrerse las cortinas, nos hallamos en la habitación de LORENZO MONTEVERDE. LORENZO MONTEVERDE es un hombre que linda con los sesenta años, de pelo encrespado, de duras facciones. Está envuelto en una bata de invierno, sentado junto a una mesa camilla, con los brazos tendidos sobre la mesa y la cabeza sumida. Hay una botella de coñac y un vaso. Se oye llamara a la puerta. MONTEVERDE no se da cuenta. Vuelve a sonar el timbre.

Entonces sale de su abstracción y pregunta en voz alta.)

MONTEVERDE.- ¿Quién es?

DALMIRO.- **(Dentro.)** ¿Es la casa del escritor don Lorenzo Monteverde?

MONTEVERDE.- Sí. ¿Qué desea?

DALMIRO.- Soy Dalmiro Quintana.

MONTEVERDE.- ¿Y quién es Dalmiro Quintana?

DALMIRO.- Hace mucho tiempo le escribí. Y el mismo día que

llegué a Villaloma le mandé un libro de versos, *Planetario*. Y le anunciaba mi visita para hoy por la tarde.

MONTEVERDE.- ¡Ah! ¿Es usted el del Ayuntamiento?

DALMIRO.- Sí.

MONTEVERDE.- (**Rezonga.**) ¿Y por qué no se va usted con la música a otra parte?

DALMIRO.- ¿Cómo dice?

MONTEVERDE.- No digo nada. (**Se levanta y le abre la puerta.**) Entre usted. (**Vuelve a su mesa camilla y bebe una copa.**) ¿Le gusta a usted el coñac?

DALMIRO.- De cuando en cuando.

(MONTEVERDE se levanta de nuevo, inicia el mutis por la izquierda y regresa en el acto con otra copa, que le sirve a DALMIRO.)

MONTEVERDE.- Beba usted, beba cuanto pueda, beba siempre... es mi consejo. La vida es horrible y monótona... Normalmente, sólo trae unas, horas de excitación, de peligro, de alegría... Mire esta botella. Es la vida misma, concentrada, líquida. Unas copas... son lo bastante para enguarnos, para disfrazarnos de semidioses. ¿Quiere?

(DALMIRO, sorprendido, parece titubear un instante. Con violencia.)

¡Conteste sí o no!

DALMIRO.- Bien. Deme una copa.

MONTEVERDE.- (**Como si continuase el párrafo anterior.**) Para rejuvenecernos... (**Bebe, transportado. Transición.**) ¿Quién dice que es usted?

DALMIRO.- Dalmiro Quintana. Hacía muchos años que soñaba con este encuentro, maestro. Sé de memoria sus libros, sus novelas, sus poemas...

MONTEVERDE.- ¡Pobre, pobre...!

DALMIRO.- Y, sobre todo, naturalmente, *Agua amarga*. Es el mejor libro de cincuenta años a esta parte, maestro. De haberme alejado de Madrid me compensa la idea de estar cerca de usted y tratarle.

MONTEVERDE.- Así, pues, es el abogado del Ayuntamiento, ¿no?

DALMIRO.- No; lo que soy es un poeta... que se gana la vida como abogado.

MONTEVERDE.- Calle, amigo mío; todos los abogados hacen versos. Y usted sigue la regla. El anterior a usted había escrito en romance la ley municipal... ¿no se llama así? (**Se ríe.**) «¡Es una obra maravillosa! ¡Doce mil quinientos versos, maestro!», me decía. (**Transición.**) ¿Y usted? ¿Qué ha escrito usted? ¿La tarifa de arbitrios? (**Bebe de nuevo.**)

DALMIRO.- Le mandé un libro... hace unos días... *Planetario* es el título.

MONTEVERDE.- (**Violento.**) Hay algo que yo he odiado siempre:

los aficionados. Los que se dan a varias cosas, como rameras. La poesía o las leyes son suficientemente profundas para absorberle a uno por completo. Con las dos en la mano y promiscuando no se puede andar a la vez. Usted es uno de los que promiscuan. Jamás hará nada a derechas.

DALMIRO.- ¡Le repito que soy un poeta!

MONTEVERDE.- ¡Puede! Pero de los que hacen versos nada más, no de los que hacen poesía. Para eso hay que llevar una luz en la frente que desafíe a la del sol mismo y la empalidezca. Y ese no es su caso ¿Pero sabe usted lo que es de verdad? ¡Joven! ¡Ah, eso sí! Y yo soy viejo, amigo mío. Y ser viejo es espantoso. Preferiría ser negro, mutilado, a ser viejo. Preferiría, inclusive, ser abogado del Ayuntamiento. Porque la vida es lo que vale, y usted la tiene en las manos. Aprovéchela, créame... Salga a la calle. Está llena de mujeres que aún le sonreirán y podrán quererle. Quiéralas usted también. Y cuando entre en el cuarto de alguna de ellas, piense que es usted el rey del mundo. Y que no ha habido nunca un poema que valga más que un beso. **(Transición.)** Y ahora déjeme. Vea esos libros. Son una sarta de bobadas solemnes. Me llegan dedicados de las cinco partes del mundo. ¿Cuándo se va a precintar la imaginación de los tontos y hacer que tribute la verborrea de los vanidosos? Vea esos álbumes. Cloróticas señoritas que me piden la firma y un pensamiento. Dedíqueselos usted, hombre; se lo agradeceré. Ya ve; necesito un pasante. ¡Ah! Esto es la gloria, *Verlaine* tenía razón.

DALMIRO.- ¿Está usted loco?

MONTEVERDE.- Me sugiere usted un tema de meditación apasionante. ¿Estoy loco? ¿Estoy cuerdo? He pensado más de una vez sobre esto. Pero, ¿qué más da una cosa que otra? Óigame, voy a decirle la verdad. He recibido *Planetario*, sí. Y, para su desgracia, lo he leído. «A dos cisnes uncida -bajo la luz solar- la embarcación de nácar bordeaba la orilla». ¿Cree usted que todavía se puede escribir así en mil novecientos veinticuatro? Como si no hubiera llovido nada después de Núñez de Arce, y Espronceda, y Rubén Darío. Si me admira, ¿por qué se le ocurrió mandarme esas antiguallas?

DALMIRO.- ¡Es usted un miserable!

MONTEVERDE.- ¡No, no lo soy! Estoy harto de discípulos mediocres, de admiradores bobalicones, de poetas chirles. Colóquese usted en el grupo que le parezca. Lea esa sola estrofa de *Jean Bor*. **(Le entrega un libro, que DALMIRO toma en sus manos y lee maquinalmente.)** Era un adolescente mágico que se pegó un tiro a los diez y nueve años. Léala... Importante, ¿no?

(DALMIRO sigue leyendo.)

Donde está usted ahora estuvo él dos, días antes de su muerte. Le abracé como a un elegido y le dije: «Siga por donde va. Yo, a sus años, no valía lo que usted. Y, acaso, hoy tampoco». Eso le dije a aquel divino desdichado. Sé elogiar, amigo mío, y elogio cuando se merece. Pero también sé decir: «No siga por ese camino» a quien lo escogió mal. Y ése es su caso.

(Transición.)

¡Insultarle! ¿Por qué? ¿Porque le digo la verdad? Si le hubiese dicho: «Es usted Gongos redivivo», aunque mintiese de un modo repugnante, usted me besaría la mano y yo le parecería un genio.

(Transición.)

¿Le interesa un consejo? No se enfade... Beba otra vez... Para los buenos momentos, para los malos... beber sienta bien siempre. El talento..., ¿de qué me ha servido a mí? Paso hambre, amigo mío. Sed, no... **(Se ríe.)**
Viajo, sí, viajo en tercera clase. Amo, en cuarta o en quinta... Y estoy ya a dos pasos del fin. Ahora mismo, un cambio: su juventud por mi talento.
Agua amarga: ¿le gusta mi libro? ¡A mí también me gustaría tener treinta años! ¿Qué me mira? ¿Cómo creía usted que era yo? ¿Un ser angelical? ¿Un vizconde educado?

DALMIRO.- Mucho más que eso. Creía que era usted un dios. Veo que no es casi un hombre.

MONTEVERDE.- Lamento decepcionarle. **(En pie. Declamatoriamente.)** El autor de *Agua amarga* dice al de *Planetaria* abandone su camino. No le llevará a ninguna parte.

DALMIRO.- Se equivoca.

MONTEVERDE.- No, no me equivoco. Cuando anda, cuando habla con unos y con otros, cuando se afeita, cuando sube y cuando baja, ¿va usted acompañado siempre, como un lazarillo de sus sueños? ¿Lleva usted a su lado un personaje suyo, un argumento, el último verso de un soneto, la idea de un poema? ¿Ha visto brillar en los puntos de la pluma, como una luciérnaga, el adjetivo elegido? ¿Ha oído usted cantar, en su alma, el verbo justo, y esa palabra difícil que, sin saber por qué, se resiste a acudir a la cita, le ha inundado de pronto la mano, como el premio de una máquina tragaperras? Cuando escribe usted, ¿es como si se sangrase? ¿Tiene usted la sensación de que si la pluma no le vaciase de lo que lleva dentro, estallaría como una granada? ¿Sabe usted lo que es sufrir y gozar mientras se escribe, subir de prisa las escaleras para no perder un minuto, echarse sobre las cuartillas con avidez, llenar una tras otra, febrilmente, olvidar el tiempo, la noche y el día, el hambre y la sed, y escribir, escribir sin descanso, liberarse de un peso insufrible y caer, al fin, rendido, para continuar igual a la mañana siguiente?

DALMIRO.- Escúcheme lo que voy a decirle. También yo siento la fiebre de crear, igual que usted. Si la vida me construyó así, es porque valgo; si me ha cargado de sueños, es porque los merezco. No tendría sentido que me dejase a mitad de camino.

MONTEVERDE.- Amigo mío, no se fíe usted de la vida. Gasta bromas muy pesadas. Yo he visto cómo el rápido de Madrid cortaba el brazo a Matienzo, el violinista, y cómo hacían la traqueotomía a Miguelli, gloria del Teatro Real. Y sin necesidad de esas catástrofes, ¿cuántos millones de rascatipas de balneario soñaron con tocar en Viena el concierto de Brahms y sobre cuántos miles de seres que suspiraban por el

Nobel cayó el olvido y la tierra anónima? Para que venga usted a convencerme ahora de que tiene que triunfar, porque su fracaso sería un absurdo. ¡Cuidado, Quintana, cuidado! Y, ojo a la vida, que usa tralla. **(Pausa. Transición.)** ¿Qué me mira usted? Me estrangularía si pudiese, ¿verdad?

DALMIRO.- ¡Váyase al infierno, Monteverde!

MONTEVERDE.- Alguna probabilidad existe de que ese sea mi último destino. Buenas tardes, amigo.

DALMIRO.- Buenas tardes. **(Hace mutis.)**

MONTEVERDE.- **(Bebe la copa que tenía mediada.)** ¡Treinta años, Señor, treinta años...! **(Coge la copa, la tira al suelo y se deja caer de nuevo, como le sorprendió al principio de la escena, de bruces sobre la mesa.)**

Acto II

△▽

GABRIEL entra por la izquierda. Va a cuerpo. Se le ve buscar visiblemente una cosa, hasta que da con ella. Entonces desaparece por la derecha. Ahora las cortinas del escenario se descorren y dejan ver la casa de PILAR y DALMIRO. Es una casa modesta y ordenada. Hay una mesa camilla en el centro de la habitación que debe hacer las veces de comedor y de sala de estar. PILAR cose, sentada junto a la mesa camilla. Suena el timbre de la puerta y se levanta a abrir. Regresa en seguida con GABRIEL, al que acoge con visible alegría.

PILAR.- Pero, ¡qué sorpresa, Gabriel...! ¡Cuántos años sin verte, sin saber de ti! ¿Qué haces?

GABRIEL.- **(La mira con cierta emoción recatada.)** Lo de siempre: trabajo.

PILAR.- Siéntate; mi marido salió, pero no tardará en volver. **(Se interrumpe.)** ¡Ah, te tuteo! Antes creo que nos llamábamos de usted. Eran otros tiempos más ceremoniosos.

GABRIEL.- Sí, otros tiempos...

PILAR.- ¿Me encuentras muy vieja, Gabriel?

GABRIEL.- **(Con una vehemencia de la que parece arrepentirse inmediatamente.)** No, qué absurdo... Mejor que nunca.

PILAR.- Cómo somos las mujeres... Parecemos estar pidiendo siempre que se nos elogie.

GABRIEL.- La culpa es mía... No he debido dar lugar a que... me preguntases nada.

PILAR.- Los años no pasan en balde para nadie. Salvo para ti, Gabriel. Te encuentro majísimo... ¡Ah!, y no es que te devuelva el piropo.

GABRIEL.- Cumpliré treinta y cinco primaveras... el próximo otoño. No soy un viejo; pero un chiquillo, tampoco.

PILAR.- Y ¿qué te trae a Villaloma?

GABRIEL.- Los negocios. Voy a construir, cerca de aquí,

aprovechando el río, una pequeña fábrica.

PILAR.- Mira, mira, Gabriel, y cómo progresas. Estarás contento.

GABRIEL.- (**Con indiferencia.**) Sí...

PILAR.- ¿Te casaste?

GABRIEL.- No.

PILAR.- Cuando se llega soltero a... tu avanzada edad, hay que justificarse siempre ante la opinión pública... ¡Caramba, treinta y cinco ya!

GABRIEL.- Si las cuentas no fallan... Nací el noventa y dos. Estamos en mil novecientos veintisiete. ¿Me equivoco?

PILAR.- Bueno, pues explícate: ¿por qué no te has casado?

GABRIEL.- Porque no encontré con quién.

PILAR.- ¿Nunca estuviste enamorado?

GABRIEL.- Pienso que aún lo estoy.

PILAR.- ¿Y ella?

GABRIEL.- Ni enterarse.

PILAR.- O eres tú muy tímido o ella muy tonta.

GABRIEL.- Cualquiera sabe de quién es la culpa.

PILAR.- ¿Fumas, bebes, Gabriel?

GABRIEL.- Beber, no. Fumo negro... (**A un movimiento de PILAR.**) Yo tengo. No te muevas.

PILAR.- Una fábrica... ¿he oído bien? ¿Vas a montar una fábrica? Pero entonces el muchachito aquel que corría muestras por las mercerías de Madrid, se ha hecho un hombre importante...

GABRIEL.- Eso es mucho decir. Los de abajo me llaman don Gabriel; Gabriel a secas los de arriba. Quizá eso es un síntoma. Recibo muchas cestas por Navidad, bastantes telegramas el día de mi santo, y al entierro de mi madre fue mucha gente. En los bancos, el Consejero Delegado me hace esperar poco. Debo cantidades respetables: si la talla de las personas hay que medirla por lo que deben y no por lo que tienen, paso, desde luego, del metro ochenta.

PILAR.- Hablas de ti con una gran modestia; pero, en el fondo, se nota que te sientes contento de la vida.

GABRIEL.- En ese aspecto, sí... ¿Y la tuya, Pilar?

PILAR.- (**Con aire confidencial.**) Esta situación es provisional, ¿sabes? Dalmiro dejó lo de las oposiciones... No le iba. Él es escritor. Y aceptó lo del Ayuntamiento de aquí, que le consiguió un amigo de su familia. Pero apenas podamos levantaremos el vuelo. Madrid, Madrid, ese es su pío. Ya verás cuando lleguemos. Porque desde un pueblo es muy difícil darse a conocer como escritor. Hay que gestar en Madrid, ir a las tertulias de La Granja el Henar, de Negresco, de Pombo..., hacerse amigos, y entonces todo es fácil... Tú me elogias a mí, y yo te elogio a ti, y listo. «Los Pombos mutuos», como dice Dalmiro.

GABRIEL.- Y ¿cuándo iréis?

PILAR.- Si las cosas se presentan bien, quizá dentro de poco.

GABRIEL.- ¿No habéis tenido ningún hijo?

PILAR.- **(Sorprendida por la pregunta.)** No, no, ninguno.

(Suena el timbre.)

Calla, es mi marido.

(DALMIRO se queda un momento en suspenso. Reconoce un poco borrosamente a GABRIEL. Por otra parte, se resiste a hacerle un recibimiento clamoroso.)

¿Es que no sabes quién es? Gabriel, vecino nuestro, en Madrid.

DALMIRO.- ¿Qué tal, Gabriel? ¿Cómo está usted?

GABRIEL.- Buenas tardes, Dalmiro. Celebro el verle... Le leo siempre que puedo. Es magnífico todo lo que escribe.

DALMIRO.- ¡Bah! Poco vale... El coche de la puerta, ¿es suyo?

PILAR.- **(Se ríe.)** Tutéale, Dalmiro, por Dios... No andes con tanta etiqueta.

GABRIEL.- Sí, lo compré de segunda mano, hace unas semanas.

PILAR.- ¿Cómo, cómo? ¿Coche ya?... Nada me habías dicho. ¿Te acuerdas de tu bicicleta, con la caja de muestras sujeta al manillar por unas gomas?

GABRIEL.- Sí, claro

PILAR.- Pero lo que tú no sabes, Dalmiro, es que va a montar una fábrica junto al río. ¿Qué te parece?

DALMIRO.- Una fábrica, ¿de qué?

GABRIEL.- De hilaturas... He conseguido reunir un pequeño capital, y antes del invierno confío en verla funcionando.

PILAR.- Es el triunfo, Gabriel.

GABRIEL.- No uses palabras tan solemnes para una cosa tan pequeña.

DALMIRO.- ¿No se sienta usted?

PILAR.- **(Reprendiéndole.)** ¿No te sientas?

GABRIEL.- La verdad es que..., yo venía aquí para algo muy concreto.

DALMIRO.- ¿De qué se trata?

GABRIEL.- Yo... he de necesitar en esa fábrica personas de capacidad y de confianza... Trabajarán al principio cerca de cincuenta obreros. Más tarde ese número se duplicará... Y, naturalmente, me haría falta, por de pronto; un jefe de personal... ¿A usted le interesaría, Dalmiro, ese puesto? No creo que le ocupase muchas horas ni que le diese quebraderos de cabeza... Y yo..., no sé..., me permito ofrecérselo, por sí... No es muy seductor, claro... y para un hombre de su cultura y de su talento el andar en esos asuntos no creo que resulte muy divertido...; pero acaso, por unos meses...

DALMIRO.- Gracias, Gabriel... Realmente, ese tipo de cosas no me

va... Sin embargo, le agradezco mucho que se haya acordado de mí...

GABRIEL.- No me diga que no de una manera definitiva. Yo, por de pronto, le reservaré la plaza.

DALMIRO.- Como guste.

GABRIEL.- Y me voy... Intento llegar a Madrid mañana por la mañana.

PILAR.- ¿Vas a estar conduciendo toda la noche?

GABRIEL.- No sería la primera vez que la pasaba en vela.

PILAR.- Supongo que lo de la fábrica te obligará a venir por Villaloma con frecuencia, y espero que nos visites.

GABRIEL.- Ya lo creo que sí. Y adiós, Dalmiro. Piense lo que le he dicho.

DALMIRO.- Por complacerle.

GABRIEL.- Adiós, Pilar.

PILAR.- Hasta pronto, supongo.

GABRIEL.- Sí, hasta pronto. **(Hace mutis, acompañado de PILAR. Se oye abrir y cerrar la puerta. PILAR vuelve en seguida. DALMIRO se ha sentado y fuma.)**

PILAR.- ¿Te pasa algo, Dalmiro?

DALMIRO.- ¿A mí? Nada.

PILAR.- Has estado muy frío con ese muchacho. ¿Por qué eres así? Te creas antipatías inútilmente.

DALMIRO.- Sí, es un error indisponerse con los... triunfadores.

PILAR.- Pues claro que Gabriel lo es. Si tú supieses cómo se vivía en aquella casa desde que murió su padre... Y tiene mérito que, poco a poco, y por sus propios medios, se haya ido abriendo paso y haya llegado adonde ha llegado.

DALMIRO.- Ya, ves: un horterilla con suerte.

PILAR.- No seas malo, Dalmiro. ¿O es que crees que su triunfo carece de valor?

DALMIRO.- Triunfo, triunfo... ¿Por qué? Porque antes vendía cintajos y hoy los fabrica... Triunfar es un verbo heroico, Di que ha tenido éxito, y ya va servido.

PILAR.- Bueno, es igual... Siempre alambicando las palabras, Dalmiro... Tú ya entiendes lo que quiero decir.

DALMIRO.- Por eso sé muy bien lo que hay de reproche hacia mí en tus elogios a Gabriel. Parece que me lo estuvieses mostrando con el dedo y poniéndomelo de ejemplo. «Mírale: ha salido de la nada y es todopoderoso. Coche, crédito, dinero... Y tú; ¿qué has hecho tú, emborronador de cuartillas, currinche de tres al cuatro, poeta ripioso?». ¿Me equivoco?

PILAR.- ¡Qué injusto eres, Dalmiro! Te juro que te equivocas.

DALMIRO.- ¿Jurarías también que cuando yo rechazaba su ofrecimiento, tú estabas deseando que no lo aceptase? **(PILAR no contesta.)** ¿Ves cómo tengo razón?

PILAR.- Eso es otra cosa, Dalmiro.

DALMIRO.- Claro: es un ofrecimiento fascinante. Yo llevándole la cuenta de sus obreritos y de sus obreritas, de los que entran y de los que salen, de los que se ponen enfermos y de las que dan a luz... ¡Qué maravilla!

PILAR.- Escúchame, Dalmiro.

DALMIRO.- Hambre, será preciso que pasemos hambre, ¿comprendes? Y yo haré todo lo que pueda porque nos libremos de ella, menos venderme o inutilizarme más de lo que lo he hecho.

PILAR.- Y yo la pasaré contigo, a tu lado, Dalmiro, y con alegría. Es verdad. Un segundo he sido egoísta. Pensé que el ofrecimiento de Gabriel nos resolvía muchas cosas. Era otro sueldo, ¿entiendes?... Qué sé yo. Me ilusioné. Pero tienes razón: hay que saber renunciar para ponerse en condiciones de triunfar después... Triunfar... ¿Verdad que ahora sí uso bien esa palabra?

DALMIRO.- Tal vez sí.

PILAR.- Dalmiro, yo estoy dispuesta a lo que tú me pidas, a los mayores sacrificios. Nunca he conocido el lujo, ni me importa; no le tengo miedo a nada material. Sólo hay una cosa que me aterra.

DALMIRO.- ¿Qué?

PILAR.- Que dejes de quererme. Eso no lo soportaría. Porque tú me has desarraigado de mi vida anterior, de mi familia, y me lo has hecho ver todo de manera muy distinta. Te voy a confesar una cosa. Ahora, hace un instante, cuando te hablaba de que, si aceptases lo de Gabriel, podríamos reunir dos sueldos, me acordé de mi padre. Porque esa ha sido su obsesión de siempre: sumar otro sueldo al del Ministerio. Y me pareció de pronto un pobre hombre, un ser sin luz... Soy mala, ¿verdad, Dalmiro? Temo que Dios me castigue por esto quitándome tu cariño.

DALMIRO.- ¡Qué imaginación!

PILAR.- Es que si yo te perdiese, no tendría dónde ir, ni material ni espiritualmente, ¿comprendes? Me has arrancado a mi vida pasada y me has empujado a despreciar, o a crearme superior a cuantos me rodeaban. Me da horror pensar que yo me he alejado de ellos, en cuerpo y alma, lo suficiente para poder juzgarlos. Ahora ya sé que mi padre es honrado, pero vulgar y aburrido; que mi madre se cree un personaje de novela romántica, una incomprendida, y es una menor de edad. Y yo veo, también, que han sido dos desgraciados y que sus cuarenta años de matrimonio han estado llenos de felicidad, pero de bostezos y cursilería. Yo no podría volver a aquella casa de cartilla de ahorros, de sociedad de médico y botica, de veraneos en la sierra, y aquí, en la nuestra, donde no tenemos en qué caernos muertos, ligada a ti, a tu suerte, creo que cumplo con un destino más alto.

DALMIRO.- Probablemente, así es.

PILAR.- Pero necesito que no dejes de quererme, Dalmiro ¿comprendes? Porque ya no me es posible retroceder ni ir adelante sin ti.

DALMIRO.- Pilar, ¿qué es lo que motiva esta escena?

PILAR.- Escucha, Dalmiro: sé que antes de conocerme tuviste

noviazgos y amantes, lo sé. Nada de eso me quita el sueño. Pero ha habido un nombre que, siempre que lo he oído pronunciar, me ha hecho palidecer, y es el de Cristina. Tú nunca quisiste a nadie tanto, y si fueses sincero lo confesarías.

DALMIRO.- Pero, Pilar...

PILAR.- Yo debía haberte hablado de esto antes de casarnos. ¿Sabes por qué no te hablé? Por miedo a que tu respuesta me hiciese temer que cometía una locura casándome. Así que mi pregunta llega con muchos años de retraso. Y quizá por eso es más angustiada que hecha a tiempo. Dime, Dalmiro: ¿lo de Cristina se acabó para siempre?

DALMIRO.- Y ¿a qué viene hoy el preguntarlo?

PILAR.- Sé que Cristina está en Villaloma.

DALMIRO.- **(La noticia le afecta, y él acusa el golpe, si bien con la mayor levedad.)** No creo... **(Exploratorio.)** ¿Quién te lo ha dicho?

PILAR.- La he visto.

DALMIRO.- Estaría de paso.

PILAR.- No; su marido tiene una finca a diez kilómetros de aquí, en la que viven temporadas.

DALMIRO.- **(Reacciona, si bien mentalmente, parece tomar nota de aquellos informes que por azar se le dan.)** Bueno, ¿y qué?

PILAR.- ¿De verdad no la quieres? Si te la encontrases, así, de manos a boca, ¿qué te pasaría?

DALMIRO.- Qué sé yo... Nada.

PILAR.- Si te llamase, si te buscase..., ¿qué harías?

DALMIRO.- **(Opacamente.)** Nada.

PILAR.- ¿Me lo juras, Dalmiro?

DALMIRO.- ¡Ay, Pilar, Pilar...!

PILAR.- ¿Por qué no me quieres?

DALMIRO.- ¿Quién te ha dicho que no te quiero?

PILAR.- Tú mismo, con tu actitud, me lo estás diciendo siempre.

DALMIRO.- Sería mejor que no te preocupases de tontaditas.

PILAR.- Es lo único que me importa en el mundo.

DALMIRO.- Tranquilízate entonces. Te quiero.

PILAR.- Que me tranquilice... Ahora soy yo quien te reprocha esa palabra. Es mucho más que eso lo que siento al oírte, es como si reviviese, ¿comprendes, Dalmiro?

DALMIRO.- Sí, Pilar.

PILAR.- Con qué poca cosa me haces feliz... Y pensar que me la regateas.

DALMIRO.- Soy de una crueldad refinada.

PILAR.- A veces parece como si te complacieses en torturarme un poquito... **(Se ha abrazado a él y le habla en voz muy baja, muy íntima.)**

DALMIRO.- **(Le acaricia el pelo.)** Te meto astillas ardiendo entre las

ñas, te obligo a beber agua salada, te cuelgo boca abajo de las vigas del cuarto...

PILAR.- (**Se ríe.**) No, pero me dejas que sufra sin que te importe nada.

DALMIRO.- Yo soy un faquir para el dolor ajeno.

PILAR.- Y no me cuentas lo que haces ni lo que preparas.

DALMIRO.- Pues hoy hay una noticia importante.

PILAR.- ¿Qué?

DALMIRO.- He empezado una comedia.

PILAR.- ¡Ah, qué maravilla! ¿Y cómo se llama?

DALMIRO.- «Una tarde de lluvia».

PILAR.- Es un título precioso, Dalmiro. Será un éxito. Tengo fe en ti.

DALMIRO.- ¿Y por qué tienes fe?

PILAR.- Eso nunca se sabe. Y, cuando se sabe, ya no es fe lo que se tiene.

DALMIRO.- No te falta razón.

PILAR.- «Una tarde de lluvia». ¿Y qué es lo que pasa esa tarde?

DALMIRO.- ¡Ah!

PILAR.- Cuéntamelo.

DALMIRO.- Hoy, no; otro día.

PILAR.- ¿Por qué no hoy?

DALMIRO.- He de marcharme.

PILAR.- (**Con una enorme violencia.**) ¡Eso te lo prohíbo!

DALMIRO.- (**Divertido.**) ¡Caramba, qué autoritarismo...! ¿Y por qué?

PILAR.- Porque la felicidad es la piedra preciosa más rara del mundo, y ha habido momentos en los que yo la creía perdida para siempre, y ahora, de pronto, cuando menos lo esperaba, oyéndote, es como si me la hubiese encontrado de nuevo... ¿Comprendes, Dalmiro, por qué no quiero que te vayas? Sería perderla otra vez.

(Se cierran, las cortinas. Se hace luz en la calle. En el banco, CRISTINA. Fuma. El PÁRROCO, el SARGENTO y DON ABILIO se pasean de arriba abajo. Es mayo de 1928.)

(Se oye a distancia una banda de pueblo que toca «Alma de Dios», «Los sitios de Zaragoza» o cualquiera otra pieza de su repertorio.)

DON ABILIO.- Hacemos bien huyendo de la Alameda'. Esa banda cada día está peor.

PÁRROCO.- ¿Usted cree?

DON ABILIO.- Lo que era con el director de antes... Le oí yo unos «Sitios de Zaragoza», que no se los mejora ni el maestro Villa.

SARGENTO.- (**Les interrumpe.**) Bueno; pues a lo que íbamos. ¿Sabe usted lo que yo le diría al general Martínez Anido? ¿Tiritos por las esquinas? ¿Cuestiones sociales? Ni por asomo. Vuecencia, con la venia. ¡Duro y a la cabeza!

PÁRROCO.- Hombre, hombre...

DON ABILIO.- Claro... hay que ser enérgico. Lo más peliagudo es lo de los estudiantes... Eso sí que...

SARGENTO.- ¿Lo de los estudiantes? Vamos, vamos, don Abilio... ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¿Sabe lo que yo le diría a Primo de Rivera? ¡Duro y a la cabeza! Hay que coger el toro por los cuernos. Que vean que con la autoridad no se juega, y en menos de dos meses...

DON ABILIO.- ¿Usted cree?

PÁRROCO.- Puede que tenga razón. Ahora bien: ¿cómo cree usted que ve el rey todo esto?

SARGENTO.- Por Dios, el rey... Al rey hay que hablarle claro... ¿Sabe usted lo que yo le diría al rey?

PÁRROCO.- Lo sospecho. ¡Duro y a la cabeza!

SARGENTO.- Exactamente. Ni una palabra menos.

(Han pasado en estos momentos a la altura de CRISTINA. Y a espaldas de ella se detienen.)

PÁRROCO.- No quiero dar crédito a mis ojos. Está fumando, ¿verdad? ¡Qué descoco!

SARGENTO.- Debe de ser extranjera.

DON ABILIO.- Todo eso que usted le diría a Martínez Anido y a Primo de Rivera y al rey, yo creo que con que se lo dijéramos al alcalde, íbamos cumplidos.

(Deja de oírse la banda. Hacen mutis por la derecha. En este momento, DALMIRO llega por la izquierda.)

CRISTINA.- El mundo al revés... ¿Te parece bonito este plantón?

DALMIRO.- Pienso que es el primero de mi vida.

CRISTINA.- Lo malo es empezar.

DALMIRO.- ¿Cuántas horas he esperado frente a tu casa de soltera a que pasaras de detrás de los cristales, a que descorrieras, como por azar, los visillos, a que salieras a la calle, a la iglesia o al cine?

CRISTINA.- ¿Y a quién se le ocurre hacer la corte a una muchacha de su misma edad? Ibas al fracaso, Dalmiro.

DALMIRO.- Lo comprendí muy pronto... Pero tú fuiste implacable conmigo. Implacable la noche aquella en víspera de casarte, cuando nos encontramos casualmente. Pero más todavía cuando nos conocimos.

CRISTINA.- ¿Por qué?

DALMIRO.- Porque no me tomaste en cuenta y te reíste de mí.

CRISTINA.- No exageres.

DALMIRO.- Nunca sabrás lo que aquel fracaso, en el borde de la adolescencia, significó en mi vida. Entré en ella como un soldado en una ciudad sitiada, con su misma sed de venganza. Tuve novias a las que no quería, sólo por demostrarme a mí mismo que era capaz de enamorar... Y las dejé en seguida para hacerles pagar a ellas lo que me habías hecho sufrir tú.

CRISTINA.- **(Se ríe.)** ¡Huy..., pobre Dalmiro, qué complicado es eso!

Bueno; pues ya te has salido con la tuya; ya me tienes enamorada, como te apetecía.

DALMIRO.- Diez años después.

CRISTINA.- ¿Qué? Cuando ya se te pasó, ¿verdad?

DALMIRO.- Así hubiera podido ser..., y, sin embargo, no ha sido así. En el fondo de mi alma había algo que te esperaba y te era fiel, sin yo saberlo... El corazón guardaba tu nombre como una moneda que no quería cambiar. Estabas, de hecho, en lo más profundo de él, y fue suficiente que te presentases tú para que te conociera y te rindiese honores, como a un rey que vuelve a su palacio desde el exilio.

CRISTINA.- ¿Ves cómo no soy tan mala como dices? Tardé un poquito en acordarme de ti; pero me acordé. En el fondo, la culpa fue siempre tuya.

DALMIRO.- ¿Mía?

CRISTINA.- Sí..., por no haber esperado. En este momento te hubiera hecho caso siempre... En aquel, tal vez nunca... Voy a decirte una cosa: no te he querido por méritos de antigüedad, no, sino como a un hombre al que veía por vez primera y me gustaba. Porque el tiempo, que a mí me ha vencido un poco..., ¡ah, sí, sí, no seas galante!... a ti te ha enriquecido... Ahora estás en tu edad de oro, Dalmiro. Podrías enamorar, no sólo a las mujeres como yo, sino inclusive a las de diez y seis años, los que yo tenía cuando nos conocimos.

DALMIRO.- ¿Me quieres entonces?

CRISTINA.- Pues claro que sí... ¿O aún lo dudas? Pero hemos de andar con pies de plomo. No conviene, Dalmiro, que...

DALMIRO.- Yo sé lo que me hago. Seré prudente, estate tranquila... ¿A qué conduce no serlo? Pero te juro que por nada del mundo renunciaré a una sola hora de estar contigo. Ya hemos perdido más de las debidas.

CRISTINA.- ¡Huy, quedan muchísimas! Descubrirás que hay horas bastantes hasta para hastiarte de mí.

DALMIRO.- ¿Eres sincera al decir eso?

CRISTINA.- Sí. Conozco a los hombres lo suficiente, y sé que invierten mucho más tiempo en subir a la montaña que en quedarse en ella.

DALMIRO.- ¡Ay, yo no soy de éstos! Y ahora escúchame. Es posible que nos marchemos a Madrid este invierno.

CRISTINA.- ¿Sí?

DALMIRO.- Si tuviese suerte... Me ahogo en esta atmósfera, Cristina. Vine pensando que sería cosa de meses... Llevamos cuatro años a base de farmacéutico, de notario, de cura párroco, de fiestas mayores, de vaquillas en la plaza, de cohetes el día de la Patrona, de cine dos veces a la semana, saltimbanquis en agosto... y cómicos de la legua en ferias... Y yo no puedo más. No me importa pasar hambre, si es en Madrid. Y en otoño me voy... ¿Te imaginas lo que sería eso?

CRISTINA.- Sí.

DALMIRO.- Cerca de ti, al alcance del teléfono, pudiendo verte en cualquier minuto.

CRISTINA.- Sí, Dalmiro.

DALMIRO.- Pero, para conseguirlo, es indispensable... eso..., suerte. Tengo escrita una comedia, ¿sabes? desde el año pasado. Si pudiese estrenarla...

CRISTINA.- Imagínate, sería magnífico.

DALMIRO.- Unas veces me ilusiono; otras me desanimo.

CRISTINA.- Confía en tu estrella.

(Por la izquierda aparece MONTEVERDE. MONTEVERDE cruza la escena. En el centro se detiene a encender un cigarrillo, lo cual consigue después de varios intentos. DALMIRO, al verlo, se pone de pie.)

DALMIRO.- Ese miserable...

CRISTINA.- ¿Qué te sucede?

DALMIRO.- Es Monteverde... Tengo con él una cuenta antigua. ¡Canalla!

CRISTINA.- No le insultes así, Dalmiro. Vale mucho. ¡Qué viejo está! Pero aún conserva algo, no sé bien qué, la mirada tal vez.

DALMIRO.- ¿Le conoces?

CRISTINA.- **(Evasivamente.)** Sí, bastante... ¿Qué mujer de Villaloma no le conoce?

DALMIRO.- ¡Es un miserable!

CRISTINA.- ¿Qué te pasó con él?

DALMIRO.- Te repito que se trata de una cuenta antigua; pero me da el corazón que algún día se la podré cobrar.

(MONTEVERDE ha encendido, por fin, su cigarrillo. Entonces hace mutis por la lateral contraria a la de su entrada. Al borde de ella se tambalea. ¿Va, tal vez, borracho? Pues pudiera ser que sí. El espectador debe preguntárselo al menos, aunque haya de quedarse sin respuesta. Vuelve a oírse la banda mientras dura la mutación. El CRONISTA sale por la izquierda.)

CRONISTA.- Pasó algún tiempo. Esto sucedió allá por diciembre de mil novecientos treinta...

(Mutis derecha. Ahora la escena central se ilumina de nuevo. PILAR está sola, sentada junto a la mesa camilla, cose, DALMIRO le contesta desde dentro.)

PILAR.- Mamá me ha prometido unas mantelerías, pero no se atreve a mandármelas por si papá se entera. Aún no las necesitamos, ¿sabes? gracias a Dios, tenemos bastante. Son de su hermana, y, fíjate qué curioso, nos servirán las iniciales, porque se llamaba Pilar y su marido Damián. La P y la D son iniciales con tradición en la familia.

(Transición.)

¿Me oyes?

DALMIRO.- (**Mecánicamente.**) Sí.

PILAR.- He echado cuentas, Dalmiro. Este mes, quizá hasta el final. Si acaso, me faltarán unas ciento cincuenta pesetas. Pero no creo. Mamá ya sabes, me mandó doscientas. No sé de dónde las sacará la pobre. De sus sisas... A propósito de sisas: he despedido a Eulalia. ¿Te parece bien?

DALMIRO.- Sí...

PILAR.- Es imposible fiarse de nadie. Mira que yo ya tenía la mosca detrás de la oreja, pero no conseguía dar con las pruebas. De pronto, ¡paf!, lo descubrí todo. Sisaba a medias con el de la carnicería. He despedido al carnicero también. ¿De verdad, me estás oyendo?

DALMIRO.- (**Con un cierto deje de cansancio.**) Sí, sí...

PILAR.- (**Deja de coser.**) Perdóname que te haya interrumpido. Ya me callo, Puedes seguir pensando en quien te apetezca.

DALMIRO.- (**Entra; tras una brevísima pausa, con un libro en la mano.**) Has tocado el tema del dinero; después, el de las criadas; ahora, el de los celos. Es una delicia tu conversación. (**Arroja el libro al suelo coléricamente.**)

¡Son los tres temas predilectos de la esposa de la clase media!

PILAR.- No me contestes así, Dalmiro.

DALMIRO.- (Con violencia.) ¡No me provoques tú!

PILAR.- (**Le encara. Es como si le invitase a una revisión total.**) ¿Qué es lo que te pasa?

DALMIRO.- Nada, no me pasa nada.

PILAR.- Sí, algo es. No puedes ocultármelo, Dalmiro.

DALMIRO.- No me espíes. Estoy harto de verme vigilado como un infusorio en el microscopio, harto de no poder hablar ni callarme sin que tú analices mis palabras o mis silencios. Puede que no me pase nada o que sea mucho, o que lo quiera pasar yo solo sin la ayuda de nadie.

PILAR.- Pero estar casados es justamente lo contrario. Es vivir en una urna de cristal, leerse el pensamiento y ayudarse... tanto en los buenos momentos como en los malos.

DALMIRO.- Yo no quiero que me ayudes. ¿Está claro?

PILAR.- Yo sé lo que te sucede. A ti la alegría no te ha venido nunca de mí, sino de tu trabajo. Estás alegre solo cuando trabajas. Y desde hace días no escribes. Eres capaz, a lo mejor, de creerte poco menos que agotado, ¿eh, Dalmiro? Ya te sucedió alguna vez. ¡Ah!, no seas niño, te lo pido.

DALMIRO.- Déjame.

PILAR.- Yo no soy rencorosa, te lo aseguro; pero hay una persona a la que odiaré toda mi vida.

DALMIRO.- (**Desconcertado.**) ¿A quién te refieres?

PILAR.- A Monteverde.

DALMIRO.- ¿Y por qué a Monteverde?

PILAR.- Él te envenenó el alma, sembró la duda en ti... No pudo ser más cruel.

DALMIRO.- ¡Bah!

PILAR.- Han pasado años desde entonces, y sin embargo, todavía tú, de vez en cuando, acusas su influencia. ¿No comprendes que es absurdo, Dalmiro?

DALMIRO.- ¡Qué sabrás tú!

PILAR.- Le aborrezco. Hace dos días le vi por vez primera. Casi me dio miedo. Me cambié de acera instintivamente. Mira como si desnudase. Es odioso.

DALMIRO.- Está bien.

PILAR.- Y hay una cosa que necesito decírtela: no he entendido nunca lo que escribe, me aburre leerle. Lo he hecho porque lo elogiabas tú, por complacerte. Pero, la verdad, es que no hay uno solo de sus versos que me parezca bonito o que valga la pena de aprenderlo de memoria. ¿Qué es, en fin de cuentas, el tal Monteverde? ¿Un oráculo? ¿Un ser infalible?

DALMIRO.- ¡Cállate, ignorante!

PILAR.- ¡Huy... Dalmiro! No está bien que trates a tu mujer así. **(Se echa a llorar súbitamente.)**

DALMIRO.- Ahora, las lagrimitas de siempre. Las de hoy llegan con retraso.

PILAR.- De siempre, tú lo has dicho: puedes sentirte satisfecho. Eso es lo que te agrada: maltratarme.

DALMIRO.- Hablas de lo que no sabes. ¿Por qué no callas; que es mucho más sencillo? Monteverde me ha insultado... Es un loco que no pisa sobre la tierra; pero es un genio, ¿no comprendes? Le odio hasta la muerte, pero le admiro, no puedo evitarlo. Sus versos, éstos que tú eres incapaz de recordar; a mí me vienen a la imaginación, y yo hago por escupirlos, como una espina; y acabo relamiéndolos, paladeándolos, disolviéndolos en la boca como un terrón de azúcar. Y hay algo peor, aunque tú no te des cuenta. Le imito, ¿te enteras? Estoy lleno de su influencia... Lucho por sacudírmela de encima y no puedo: Se me ocurren cosas.... tengo ideas... Me lleno de alegría, porque me olvido y creo que son sólo mías, y de pronto descubro que no, que tienen su simiente en un poema de él, o en un cuento, o en una frase. Los que saben de esto -no tú - lo descubren en seguida... Lo odio, sí, y soy un esclavo suyo, sujeto a él, dominado por él, sin que pueda liberarme de su dominio. Estoy condenado a llevarlo a la espalda, mientras me aprieta la garganta.

(Suena dentro el timbre de la puerta.)

Vete a ver quién llama. Y sin llorar, si es posible, que si seguimos así, acabará creyendo todo el mundo que me divierte martirizarte.

(PILAR se seca las lágrimas y hace mutis por la izquierda. A los pocos segundos regresa, atónita.)

PILAR.- Dalmiro, es Monteverde.

DALMIRO.- ¿Monteverde? ¿Estás segura?

PILAR.- Le he visto por la mirilla.

DALMIRO.- ¿Y qué quiere ese malnacido?

PILAR.- **(Con vehemencia.)** Déjame darle con la puerta en las narices.

DALMIRO.- **(Imprecisamente.)** Hazle entrar.

(PILAR, no muy resuelta, se va por el foro. A los pocos segundos aparece de nuevo. Inmediatamente después llega MONTEVERDE.)

MONTEVERDE.- No puedo remediarlo, me emociona esta casa. ¡Ah, la vida...! Ustedes no saben que mi padre la habitó muchos años. Yo tenía veinticinco por aquellas fechas... Imagínese. La conozco rincón por rincón, ladrillo a ladrillo, ¿Leyó usted un libro mío que se llama *Tragaluz*? Mi cuarto era el de arriba: justamente el del tragaluz... **(Hace un ademán un poco ampuloso.)** ¡Ahhh!... Un mundo de recuerdos, amigos míos. **(Por PILAR.)** Es su esposa, ¿verdad? ¿Su musa? A sus pies, señora... Claro que... usted se dirá... **(A DALMIRO.)** «¿Qué es lo que le mueve a Monteverde a visitarnos? ¿Su deseo de evocar su juventud en el mismo lugar en que...?». No, no... Me trae... el arrepentimiento. ¿Puedo sentarme? **(Se sienta, aunque ninguno de los dos le invite expresamente.)** Pues sí, aunque les sorprenda: el arrepentimiento.

DALMIRO.- ¿De qué?

MONTEVERDE.- ¡Ah! en realidad ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, y usted, que es un espíritu generoso..., eso se advierte enseguida..., ha podido olvidar...

DALMIRO.- Su intemperancia, su violencia incalificable, su crueldad...

MONTEVERDE.- **(Se ríe, sin acusar los dictérios de DALMIRO.)** ¿Recuerda usted a Andrés Arolas, el protagonista de *La tierra lejana*? Soy yo mismo, ¿por qué negarlo? Bronco, violento, inadaptable..., pero ¡no malo! Yo no soy malo tampoco. Arolas se drogaba, y en medio de sus borracheras terribles guardaba siempre el respeto a las damas y el sentido de la justicia. Es este último el que me trae aquí. He sido injusto con usted, Dalmiro Quintana. En nombre de Arolas y en el mío propio, perdón.

DALMIRO.- ¿De qué?

MONTEVERDE.- He leído *Planetario*. Palabra de hombre: no está mal ese libro. Verá usted: el neoclasicismo me enferma, se lo confieso. Yo tengo mis prejuicios..., soy a veces sectario y me dejo llevar de mis filias y de mis fobias... Sin embargo, y con la mano en el corazón: *Planetario* no está mal.

DALMIRO.- ¿Usted cree?

MONTEVERDE.- Dirá usted: «Tarde rectifica...». Sin embargo, ayer, justamente ayer, me encontré de manos a boca con su libro. Y me puse a hojearlo... Y di con dos o tres cosas interesantes. ¡Ah, sí, sí! De esas que uno dice: ¡Bien, bien, bien! ¿Me comprende?

DALMIRO.- Sí...

MONTEVERDE.- Entonces me acordé de que había procedido con usted... Señora ¿podría ofrecer un poco de coñac a este pobre peregrino? La garganta se me seca pronto.

PILAR.- Lo siento mucho; no tengo coñac.

DALMIRO.- **(Cortante.)** ¡Búscalo!

(PILAR hace mutis con violencia por la izquierda.)

MONTEVERDE.- Entiéndame: que había procedido con usted... ¿Cómo lo llamaríamos...? con destemplanza. Y me dije a mí mismo... **(Se ríe.)**

Igual, idéntico a Andrés Arolas: soy su padre, pero parezco su hijo... «Discúlpate, hazte perdonar tus pecados». Y no he dudado en visitarle.

(PILAR entra en ese momento con una botella de coñac y unas copas. DALMIRO le sirve a él y se sirve a sí mismo.)

MONTEVERDE.- Posiblemente... Y...

DALMIRO.- «Mar de Grecia».

MONTEVERDE.- Justo, justo... Tienen andadura, garbo... y su poquito de emoción cosquilleando por debajo de los versos... ¡Ah! la emoción: esa es la piedra filosofal de la poesía. Quien dé con ella, será salvado. Todos los demás se condenarán.

DALMIRO.- «Mar de Grecia» es el pórtico de un gran poema que un día u otro pienso escribir... Grecia, claro, será el telón de fondo del poema.

MONTEVERDE.- Magnífico, amigo... ¿No bebe usted?

(DALMIRO bebe ahora.)

(A PILAR.) ¿Y usted? La mujer es poco amiga del coñac... Para mí, señora, es un compañero imprescindible.

PILAR.- Yo no bebo.

MONTEVERDE.- El escritor necesita del coñac. ¿Conforme, Dalmiro Quintana? O, por lo menos, del alcohol... «Una octava más alta el amor canta en ti... -Tú barnizas la dicha y el amor bombardeas-. La exaltación, Dyonisos: esas son tus preseas». No sé..., se me olvidó el final.

DALMIRO.- «La exaltación, Dyonisos: ésas son tus preseas. - Policromada linfa: verde, jade y rubí».

MONTEVERDE.- Así es, cierto. ¡Ah, qué buena memoria la suya, querido! Porque han pasado, desde que yo escribí ese elogio al alcohol..., siglos casi. **(Con la copa de coñac en la mano.)** Rubí, la mejor de todas. **(Y bebe de nuevo.)**

DALMIRO.- ¿No fue en *Tragaluz* donde lo publicó usted?

MONTEVERDE.- Sí.

DALMIRO.- **(A PILAR.)** ¿Quieres bajar el libro?

PILAR.- **(Desabrida.)** No sé dónde está.

DALMIRO.- **(La mira con violencia contenida. Parece a punto de estallar.)** Un momento... **(Mutis por el foro izquierda.)**

MONTEVERDE.- ¿Me equivoco, señora, o usted me mira como enemigo?

PILAR.- Acierta usted.

MONTEVERDE.- Nosotros perdonamos a quienes nos hacen daño; pero quienes nos quieren no nos perdonan nunca. En usted se cumple esa regla: su marido casi me ha perdonado ya... A usted le queda todavía mucho camino.

PILAR.- Creo que no lo andaré mientras viva.

MONTEVERDE.- ¿No me deja usted entonces ninguna esperanza?

PILAR.- ¿De qué?

MONTEVERDE.- De mirarme sin recelos, amistosamente.

PILAR.- Creo que no.

MONTEVERDE.- Me propongo demostrarle que merezco su indulto.

PILAR.- No vale la pena de que se esfuerce.

MONTEVERDE.- La revista *Luz* va a crear un premio importante para la mejor obra de teatro. Unos miles de pesetas... y el estreno. ¿Está usted enterada?

PILAR.- No.

MONTEVERDE.- El jurado de ese premio lo presido yo. Sería para su marido entrar por la puerta grande, situarse de un golpe, ganar el tiempo perdido... ¿Se ha fijado usted en eso?

PILAR.- Sí...

MONTEVERDE.- ¿Qué? ¿No me levanta la condena?

DALMIRO.- **(Desde dentro.)** Ya encontré el libro... ¿Quiere usted volver a ver dónde lo escribió?

MONTEVERDE.- Sí..., me emocionará.

PILAR.- Suba usted.

MONTEVERDE.- Gracias, señora. **(Se dispone a pasar delante de ella.)** Sería conveniente que, sin prisas, pensase usted un poco sobre todo esto... Volveré cualquier día a saber su respuesta... Olvidaba el coñac. Si me permite... «Policromada linfa: verde, jade y rubí... ».

(Y hace mutis por la izquierda. Las cortinas se cierran. El CRONISTA llega por la derecha.)

CRONISTA.- El tiempo siguió su marcha. Ciento sesenta y ocho señores decidieron mandar otras tantas comedias al concurso de la revista *Luz*. Pilar oyó misa diaria en la parroquia de Villaloma, como había hecho en los Jerónimos, para que la suerte sonriese a Dalmiro. Gabriel, siempre en silencio, continuó soñando con su imposible amor. El párroco, el sacerdote y don Abilio pasearon arriba y abajo por la carretera de Villaloma. Monteverde publicó algún libro más y cometió alguna vileza nueva. Un día, poco después de la caída de la Monarquía, en mayo de 1931, sucedió lo siguiente...

(Y se va por el lateral contrario. Las cortinas se abren una vez más.)

Estamos de nuevo en casa de DALMIRO. El PÁRROCO se pasea por la habitación, curioseándola, a la espera de alguien. Lleva manteo y roquete. A los pocos momentos, PILAR. Viene quitándose el delantal.)

PILAR.- Usted perdone, padre, si le he hecho esperar. Estaba en la cocina.

PÁRROCO.- No se preocupe. Usted es quien ha de disculparme si la visito, sin tener el gusto de conocerla.

PILAR.- ¿Pasa algo?

PÁRROCO.- Ya lo creo que sí. Y muy bueno. Por eso he venido. La comedia de su esposo ha ganado el concurso de la revista *Luz*.

PILAR.- ¡No...!

PÁRROCO.- Ya lo creo que sí.

PILAR.- ¿Cómo lo sabe?

PÁRROCO.- Lo acaba de decir la radio.

PILAR.- No es posible.

PÁRROCO.- Y tanto que es posible. Han leído el acta del jurado.

PILAR.- ¿Quiénes la firmaban?

PÁRROCO.- No sé bien... Monteverde era uno de ellos.

PILAR.- Monteverde...

(Suena el timbre. PILAR hace mutis. Vuelve con GABRIEL.)

GABRIEL.- Me parece que llego tarde a darte la noticia.

PÁRROCO.- Con tres minutos justos de retraso, sí señor.

PILAR.- Pero, ¿han oído bien?

GABRIEL.- **(Remeda la voz del locutor.)** «Aquí, Unión Radio. En Madrid, a cuatro de mayo de mil novecientos treinta y uno, después de leídas las ciento cincuenta y ocho comedias...»

PÁRROCO.- Ciento sesenta y ocho.

GABRIEL.- ¿Sí? Bueno, es igual. «... las ciento sesenta y ocho comedias presentadas al concurso, se acordó por mayoría de votos premiar la titulada *Una tarde de lluvia*, lema...»

PÁRROCO.- «Villaloma».

GABRIEL.- Exactamente. «... de la que resultó ser autor don Dalmiro Quintana». ¿Qué? ¿Te convences, Pilar?

PILAR.- **(Transida.)** Si es que me parece un sueño... ¿Quiénes firmaban?

GABRIEL.- Gente de campanillas toda...

PILAR.- ¿Monteverde, tal vez?

GABRIEL.- Sí, ese.

PILAR.- **(Entrecortadamente.)** Dios mío, Dios mío...

GABRIEL.- ¿Te pasa algo, Pilar?

PILAR.- No, no...

PÁRROCO.- Es la emoción, claro...

.- Me ha cogido tan de sorpresa, que...

PÁRROCO.- ¿Y su marido?

(DALMIRO aparece por el foro. PILAR se abraza a él y rompe a llorar súbitamente.)

PÁRROCO.- No se asuste, que no ha ocurrido ninguna desgracia.

DALMIRO.- Ya sé, ya sé.

PILAR.- Dalmiro, Dalmiro querido... Ya sabes, ¿no?

DALMIRO.- Sí, claro.

PILAR.- Perdónenme. **(Llora con angustia, en la vecindad de un ataque nervios.)**

DALMIRO.- Cálmate, Pilar.

PILAR.- Dalmiro mío...

PÁRROCO.- **(A DALMIRO.)** Déle un poco de agua.

PILAR.- No, no me hace falta... Es que significa tanto para nosotros esta noticia.

PÁRROCO.- Lo comprendo. Y, bueno, como ya he cumplido trayéndosela, y el primero, me vuelvo a mi parroquia.

PILAR.- Gracias, padre. **(Se separa de DALMIRO mientras se enjuga las rimas.)**

PÁRROCO.- Mucho gusto en saludarla. Y disculpe este asalto.

PILAR.- Nada de eso, se lo agradezco mucho.

PÁRROCO.- ¿Y qué es *Una tarde de lluvia* y perdone la curiosidad? ¿Una obra de tesis?

DALMIRO.- ¡Bah, nada de eso!... Una comedia como cualquiera otra.

GABRIEL.- Es usted muy modesto, Dalmiro.

PÁRROCO.- Ganas tengo yo de que la publiquen, porque aunque la den aquí en ferias, no podré ir a verla, claro...

DALMIRO.- ¿Y por qué no?

PÁRROCO.- En fin, ya me las arreglaré. Enhorabuena otra vez.

GABRIEL.- Enhorabuena, también, de mi parte. Yo me vuelvo a la fábrica.

DALMIRO.- Muchas gracias.

PILAR.- Muchas gracias a los dos.

PÁRROCO.- Hasta pronto, hijos, hasta pronto.

GABRIEL.- Adiós.

(Mutis de GABRIEL y el PÁRROCO, acompañados de DALMIRO. Este vuelve en seguida.)

PILAR.- **(Le abraza de nuevo.)** Dalmiro...

DALMIRO.- Estás temblando.

PILAR.- ¿Crees que no hay motivo?

DALMIRO.- Sí, sí los hay. **(Suspira profundamente.)** ¡Al fin...!

PILAR.- Tenía que suceder esto un día u otro, ¿no lo comprendes?

Todo se recompensa en la vida... Y tú habías trabajado mucho y eres muy inteligente, y era natural que pasase lo que ha pasado...

DALMIRO.- Yo estaba esperanzadísimo, ¿sabes? Pensaba en mi comedia y me decía a mí mismo: «El diálogo es bueno, y la idea, y los personajes... ¿Por qué no ha de ser la preferida?». Pero no me dejaba ilusionar, frenándome siempre, curándome en salud, para evitarme una decepción.

PILAR.- Pues ya has logrado lo que querías... ¿Contento, Dalmiro?

DALMIRO.- Ciento sesenta y ocho comedias... Y la mejor, ¡la mía! ¿Te has dado cuenta?

PILAR.- Y aunque hubiera cien mil... Siempre lo mejor lo que tú haces, lo que tú escribes... Ahora se convencerán... Hasta, papá... Porque a papá no le he perdonado nunca que no creyese en ti... Él, que se paga tanto de las cosas oficiales..., pues, ¿qué más oficial que un premio como ese? Y ahora, ¿seguirá diciendo que escribes que no hay quien te entienda? Sí, Dalmiro, no debería, habértelo confesado nunca, pero lo ha dicho, así, con esas palabras.

DALMIRO.- Que diga lo que guste.

PILAR.- ¡Qué alegría, Jesús, qué alegría!

DALMIRO.- Me río pensando en estos imbéciles del Ayuntamiento... Deben suponerme tan sólo capaz de informar sus pequeñeces. «Apertura de zanjas para el alcantarillado de la plaza de la República», «Estatutos para la Fundación Catorce de Abril»... Y uno que dice: «En el comedor de la Casa-Cuna hay miasmas de seis centímetros de espesor». **(Se ríe con PILAR.)**

Que esto lo he oído yo, Pilar, yo mismo... Y otro: «Vaya frío: se ve que la tierra camina hacia el Polo Norte». ¡Serán bárbaros! Y yo, allí, aguantando sus bobadas y poniéndoles buena cara... Mañana vendrá alguno de ellos, o el alcalde, que es el peor, y me dará un golpecito protector, en los hombros. «Ese del premio, ¿qué le toca a usted?», «Soy yo mismo». «¡Ah, caramba! No sabía que usted escribiese...». Porque este es un país, Pilar, en el que puedes pasarte años publicando artículos, cuentos, poesías, y en el que, como nadie lee ni le importa, nadie se entera de nada. Y de pronto parece como si se cayesen de la luna y te felicitan, así, perdonándote la vida, identificándote, como si hubieses hecho una trastada que hay que juzgar con benevolencia... «Está bien esa "cosita"».

PILAR.- Ya has superado eso, Dalmiro. Yo no me equivoco, ¿verdad? Ganar un premio de esa importancia es una consagración, ¿no?

DALMIRO.- Sí... Tengo ganas de medir bien lo que significa, ganas de ir a Madrid, a la Granja, a Pombo... **(Se ríe.)** A ver caras largas, Pilar, porque la envidia es una epidemia nacional para la que aún no se ha descubierto la vacuna... Cuánta felicitación de Judas voy a recibir, cuánta risita de conejo me saldrá al paso y cuántas palmaditas me darán en la espalda, que quisieran ser puñaladas.

PILAR.- Pero es natural. El éxito es eso, Dalmiro. Y me alegra que empieces a prepararte. **(DALMIRO toma un papel y escribe con su**

estilográfica rápidamente.)

DALMIRO.- Bueno, escucha, Pilar. Hay que hacer dos cosas: la primera, en efecto, ir a Madrid. A cobrar dinerito fresco, a ver qué pasa y cómo es eso del estreno y para cuándo... ¿De acuerdo?

PILAR.- Claro, claro.

DALMIRO.- Y hay que poner también este telegrama..., dando las gracias.

PILAR.- **(Lo lee.)** No; este telegrama, no, Dalmiro.

DALMIRO.- ¿Por qué no?

PILAR.- A Monteverde no le debes nada.

DALMIRO.- ¿Qué dices?

PILAR.- Es un sucio... Fíjate. Me hace el amor, Dalmiro.

DALMIRO.- ¿Es posible?

PILAR.- Ha venido algunas tardes antes que llegues tú y me habla de su soledad, y me cuenta historias románticas...

DALMIRO.- Y ¿por qué no me lo dijiste?

PILAR.- Por miedo, Dalmiro. Hubiera sido capaz de hacerte mucho daño en el Jurado si le rechazaba. ¡Cuánto he sufrido...! Sin saber ni cómo frenarle ni cómo retenerle. Ahora es capaz de jurar que te han dado el premio por su influencia... y de pasarme factura. Me reservo el placer de mandarle definitivamente al demonio. Debería haberlo hecho ya, pero aunque tarde, lo voy a hacer tan bien, que no lo olvidará jamás mientras viva.

DALMIRO.- ¡Viejo canalla!

PILAR.- Encógete de hombros... ¿Qué nos importa la maldad, la ruindad ajena?

DALMIRO.- Sí, hoy estamos por encima de todo eso.

PILAR.- Claro, hoy y siempre. Ya se quedó atrás la vida triste.

DALMIRO.- La vida en sombra que llevábamos... Ya hemos dado un paso hacia adelante. El primero...

PILAR.- El decisivo, Dalmiro.

DALMIRO.- Sí, tienes razón. ¿Sabes lo que más me alegra de esto? El ver que no me equivocaba de niño, el comprobar que mi vocación era verdadera. El mundo está lleno de exclaustrados que han empezado un camino y se han vuelto atrás, que han querido ser músicos, pintores, poetas, y en la mitad de la vida han girado sobre sus talones al darse cuenta de su error. Andan por los sitios más oscuros, más prosaicos. En las oficinas, en los escalafones, en los bancos, hay millares así. Aquel médico de pueblo quería haber sido pianista; aquel liquidador de utilidades, orador de masas; aquel jefecillo de cuentas corriente, émulo de Calderón o de Lope... Y no son nada... Hace falta un alma muy templada para que no se encone cuando eso pasa. Pero los santos escasean mucho y lo normal es que quienes sufren ese desengaño terrible, se hagan resentidos... Yo mismo, Pilar, ¿no estaba amenazado de serlo? Es que aquí, en Villaloma, ¿no había un empleado de Ayuntamiento que soñaba con la gloria literaria? ¡Qué terrible hubiera sido que el tal fuera un iluso!

PILAR.- No, Dalmiro, estabas en lo cierto. Eras un escritor y lo sabías.

DALMIRO.- Claro que sí. ¡Ah! Pero cuánto he sufrido, Pilar, hasta este momento.

PILAR.- Olvídate, Dalmiro. Lo pasado, pasado... olvidemos.

DALMIRO.- Sí, Pilar. ¡Al diablo nuestras penas!

PILAR.- ¿Verdad que en la alegría de hoy yo tengo un puesto, Dalmiro? ¿Eh? ¿No me lo he merecido yo también, igual que tú?

DALMIRO.- Sí, tú me has sostenido. Tu fe, un poco la del carbonero, me ha dado ánimos siempre.... Ahora es maravilloso pensar qué meses me esperan... Vendrán las interviús, las fotografías... ¿Tengo alguna buena, Pilar?

PILAR.- Creo que sí.

DALMIRO.- Hay que ponerla en el equipaje... Me descubrirán, ¿comprendes? De dónde soy, quiénes son mis escritores preferidos... Monteverde, no... ¡Buen villano! Mi flor favorita... Me pedirán colaboraciones... los que me las regateaban, los mismos. Y un buen día, los ensayos... ¿Te imaginas? Mis personajes, de carne y hueso, con voz humana, en pie... Y yo, a su lado: «Esto, sí; esto, no... Esto, de esta manera; esto, de la otra...».

PILAR.- ¿Me dejarás que lo vea, Dalmiro?

DALMIRO.- Claro que sí. Y los decorados... «¿Y si buscáramos esta combinación de colores? Y ¿por qué no esta obra?». Y las luces..., y los primeros anuncios... Mañana, estreno de... ¿Cuándo? ¡Quién lo sabe...! Y la autocrítica: «Yo vengo a romper moldes, a predicar un teatro nuevo y distinto...» (**Se ríe.**) No, no te preocupes; eso no lo haré jamás. Hablaré muy humildito, muy hipócrita, como de puntillas, para no irritar a los críticos y que me miren con buenos ojos, como a un muchacho aplicado simplemente... Pero, en el fondo, la ambición me subirá a la garganta, igual que una marea... porque la verdad es que lo que pretendo es eso: acabar con el cartón piedra, con las estantiguas del retablo nacional, y enseñarles lo que es un teatro auténtico. ¿Verdad, Pilar?

PILAR.- Sí, Dalmiro.

DALMIRO.- Y, por fin, cuando ya todo esté a punto: los ensayos, el decorado, las luces, la propaganda, se estrenará *Una tarde de lluvia*. ¿No es como si lo estuviéramos viendo? ¿Dónde será? ¿En la Comedia, en el Victoria, en el Español? Me es lo mismo. El teatro estará lleno hasta los topes..., habrá expectación... «Y ¿quién es ese Dalmiro Quintana?». ¡Ah, pobre de mí! Andaré entre bastidores, nervioso, pálido... Y, de improviso, se encenderán las candilejas, las diablas, el universo entero, se hará un silencio impresionante, y con una majestad terrible, poco a poco, Pilar... se levantará el telón... (**Lo dice con emoción, con patetismo casi, mientras el telón de verdad cae lentamente.**)

Acto III

Marzo de 1932.

El PÁRROCO, el SARGENTO y DON ABILIO se pasean, como de costumbre.

DON ABILIO.- El estreno debió ser de aúpa, don Daniel.

PÁRROCO.- Calle, calle, hay que tener caridad y no cebarse en la desgracia ajena.

DON ABILIO.- Yo me limito a decirle lo que sé; como me lo contaron se lo cuento.

SARGENTO.- ¿Tenía música?

DON ABILIO.- No, hombre, no. Era una comedia.

SARGENTO.- A mí las que me gustan son esas de cantar.

DON ABILIO.- Traigo los recortes. Vea este, son dos líneas: «Haciendo nuestras las palabras de un crítico francés en trance parecido, diremos lo siguiente: Ayer se ha estrenado *Una tarde de lluvia*. ¿Por qué?». Y sanseacabó. Ojo a este otro: «Nos costó atender en la noche del viernes las indicaciones del Reglamento de Espectáculos que aconsejan abandonar sin prisas el local. Creemos exagerada la reacción de los que proponían un asalto a las casas de los miembros del jurado, en especial a la del presidente, don Lorenzo Monteverde, y desmentimos la especie que puso en circulación algún humorista de que dos de ellos se habían suicidado; pero sí aconsejamos en el futuro a quienes asuman esa tarea, mayor acierto del que han tenido en la ocasión que nos ocupa».

PÁRROCO.- Demonio, y cómo está la crítica.

DON ABILIO.- Este es el más mesurado de todos. Y, sin embargo, fíjese. (**Tira de periódico.**) «Por profundas que sean las discrepancias de los espectadores con la comedia que escuchan y aun por fundadas que estas aparezcan, entendemos que hay modos y maneras de expresarlas. No estamos con el autor de *Una tarde de lluvia*, a quien tal vez no llama Dios por el camino del arte dramático, ni con el público, al que parece que Dios no llama tampoco por el camino de la compostura y de la educación». Oiga, don Daniel: eso quiere decir que en el estreno de nuestro amiguito ha debido de haber sus más y sus menos. ¿No lo cree usted, Párroco?

PÁRROCO.- Sí, sí, claro...

SARGENTO.- Yo vi el de una pieza que echaban en el Apolo, que se llamaba... se me ha ido el nombre... ¡Madre, la que se armó! Hasta golpes hubo... ¡Un jaleo! A cuatro se los llevaron a la Prevención, no le digo más.

DON ABILIO.- Mire, don Daniel, que no se imagine que yo me alegro del mal ajeno, ¿eh? que eso no va conmigo. Pero una cosa sí he de decirle: y es que el mocito tiene tal insolencia, que a más de uno y de dos les habrá parecido de perlas lo que ha pasado. Y si alguien de Villaloma estaba en Madrid, a mí no me chocaría que hubiese ido al estreno con malas intenciones.

PÁRROCO.- Ya lo sé, don Abilio, ya lo sé. Eso me demuestra que para andar por la vida toda modestia es poca, y que el más sabio hará bien siendo el más humilde.

SARGENTO.- De lo que no se ha enterado usted es de que el mocito ha vuelto.

PÁRROCO.- Pero, ¿no pensaba quedarse en Madrid una temporada?

(PILAR aparece precipitadamente por la derecha, camino de su casa. Los tres paseantes interrumpen su conversación. Ella ni les advierte siquiera y hace mutis.)

SARGENTO.- Pues habrá cambiado de opinión; está aquí desde ayer por la noche.

PÁRROCO.- **(Se detienen.)** Pienso ir a verle.

SARGENTO.- Cuidado, don Daniel, que el tal Quintana es de la cáscara amarga.

PÁRROCO.- Razón de más. A los réprobos hay que hablar, no a los convencidos.

SARGENTO.- Que anda diciendo que si le van a dar el oro y el moro, y que si hay que quemar esto y lo otro y lo de más allá..., y hasta de emprenderla a tiros le he oído hablar al galán.

PÁRROCO.- No importa, amigo mío; iré a verle.

(Y hacen mutis los tres por la lateral que más les convenga.)

(Ahora es de nuevo la habitación de DALMIRO. DALMIRO está sentado de cara al público, abstraído en sus pensamientos. Se oye un timbre. DALMIRO no contesta. El timbre suena varias veces. DALMIRO continúa impávido. De pronto se oye golpear la puerta, y como DALMIRO no responde, un grito. Solo entonces DALMIRO sale de su inmovilidad y va a abrir la puerta. Regresa en el acto seguido de PILAR.)

DALMIRO.- ¿Por qué gritas? **(PILAR trae el aire demudado.)** ¿Qué te pasa?

PILAR.- No, nada... ¿No me oías llamar?

DALMIRO.- ¿No te he abierto?

PILAR.- Sí, pero has tardado mucho.

DALMIRO.- ¿Por qué gritaste?

PILAR.- Para que me oyese.

DALMIRO.- No, no fue por eso. Gritaste por miedo.

PILAR.- ¿De qué?

DALMIRO.- Desde hace unos días tienes miedo de que me pegue un tiro, de que me cuelgue de un árbol, de que me corte las venas.

PILAR.- **(Descubierta.)** No.

DALMIRO.- Tranquilízate. No me voy a matar. Pero motivos no me han faltado.

PILAR.- Calla, no digas disparates.

DALMIRO.- Digo la verdad. Porque no es que haya fracasado mi comedia, Pilar, sino algo más que eso: yo, todo entero, ¿comprendes? Sí, sí, no busques palabras tontas para darme ánimo, como un niño pequeño. Yo sé bien a qué atenerme. Y este fracaso, Pilar, es el signo que ha

presidido mi vida desde qué nací. Tengo treinta y ocho años, llevo veinte soñando con la gloria, y no la alcanzo. Mi nombre no lo conoce nadie, y yo no he hecho nada en la vida y ya no haré nunca nada.

PILAR.- Es absurdo lo que dices.

DALMIRO.- Lo que pasó en el teatro es lo mismo que me ha sucedido en el periódico y en el libro. Han pateado mi comedia, pero anteriormente me habían pateado cien artículos, cien cuentos, dos mil poemas. Solo que en silencio, sin que nadie lo oyera, ni yo mismo. ¿Pues qué otra cosa es sino el equivalente del pateo el silencio, el olvido y el desdén? Cuando cayó el telón, Pilar, entre rechiflas y protestas, yo tuve la sensación de que no era *Una tarde de lluvia* lo que rechazaban, sino mis quince años de trabajos y de ilusiones.

PILAR.- Era un público que iba a eso, a patearte. Estaban tus enemigos, los autores de las comedias que no habían sido premiadas. ¡Imagínate con qué intención!

DALMIRO.- No, es muy cómodo decir eso, pero no es verdad. Si mi comedia hubiera sido buena, no habría podido con ella la envidia de nadie. Si mis artículos fueran buenos, no tendría que mendigar para que los aceptasen y me los pagarían bien. Y si pasa lo contrario, es porque son malos. Y si son malos, es porque soy, Pilar, un escritor de cuarto orden.

PILAR.- No es verdad, Dalmiro.

DALMIRO.- Sí, Pilar, sí. Te he engañado: tú no entiendes una palabra de esto. Has creído en mí por ignorancia y por cariño. A ciegas hubiera podido convencerte igual de que era un mago del violín. Tu amor estaba dispuesto a adornarme con un talento que no tengo. Y ahora soy yo quien se desnuda ante ti y te abre los ojos y te dice: Mírame; ese que tú has creído un genio, es un ser mediocre; ese, cuyo nombre estaba reservado para las historias literarias, es empleado municipal de un pueblo de mala muerte. Podrías separarte de mí, si quisieses, diciendo que la persona que soy nada tiene que ver con aquella con la que te casaste hace unos años.

PILAR.- ¡Qué absurdo!

DALMIRO.- Por eso no me mato, Pilar, porque ya estoy muerto, ¿comprendes? Y sería un tiro inútil, perdido, un tiro a un cadáver.

PILAR.- ¡Basta ya, Dalmiro, estás faltando a Dios al hablar de ese modo! ¿Por qué no te enteras de cómo han llegado los que hoy están en la cumbre? ¿O es que crees que no encontraron más que rosas a su paso? ¡Qué disparate!... ¡Cuántos tropiezos sufrieron!... Imagínate que hubieran hecho lo que tú... ¿Quién se acordaría hoy de ellos?

DALMIRO.- Es que hay algo más grave todavía, Pilar. Ellos, probablemente tenían fe en sí mismos. Y yo la he perdido. Ya no creo en mí... Recuerdo la tarde en que fui por vez primera a casa de Monteverde... Fue espantoso oírle entonces... Pero aún es más grave que ahora, después de tanto tiempo, le dé la razón: «Abandone ese camino; no le lleva a ninguna parte». Y acertaba.

PILAR.- No, qué absurdo.

DALMIRO.- Es verdad: acertaba, y aunque tarde, voy a hacerle caso.
(Rompe unos papeles, derriba a manotazos unos libros.)

PILAR.- ¡Dalmiro, no rompas nada!

DALMIRO.- ¡Calla, estúpida! **(Continúa rompiendo los papeles que tiene sobre la mesa.)** Las letras españolas se reharán de esta pérdida. ¡Fuera, fuera, fuera!... ¡No es mi camino, claro que no! **(PILAR, aterrada, llora, vuelta de espaldas en un ángulo de la estancia. DALMIRO se interrumpe súbitamente, se interroga a sí mismo.)** Pero si ese no es... **(Se encara con el cielo, de poder a poder, satánicamente.)** , dime, Dios, ¿cuál es mi camino?

PILAR.- Dalmiro, no blasfemes... **(DALMIRO se derrumba ahora, vencido, roto; se sienta en la silla y, vuelto de espaldas al público, se coge la cabeza entre las manos. Hay una larga pausa. PILAR le acaricia lentamente.)** La vida se pone a veces muy oscura, pero no se apaga nunca... Siempre queda una candelilla encendida, y apenas sopla el aire... se prende de nuevo. Hoy te imaginas ya que todo terminó. Mañana o al otro pensarás de manera distinta...

DALMIRO.- No. Esto ya es definitivo. Me he acabado.

PILAR.- Es absurdo que pongamos nuestra felicidad en conseguir lo que la vida nos niega y no en gozar lo que la vida nos da. Has tropezado con tu comedia, y eso es triste; pero eres joven y fuerte, y eso es bueno. Siempre más y más y más... Y ¿por qué? Imagínate a un príncipe amargado por no ser rey, y a un rey por no ser emperador, y a un emperador por no ser Papa. ¿No sería absurdo? Confórmate, Dalmiro, con lo que la vida te ofrece y no le pidas demasiado.

DALMIRO.- ¡Qué fácil es hablar así!...

PILAR.- ¿Es que yo no te predico con el ejemplo? Lo que yo daría por tener tu cariño todo entero, y ya ves, me contento con unas migajas. Pienso: «Sí, yo no soy lo único en el mundo para él; pero por las noches le veo dormir a mi lado y oigo sus pasos cuando va de una habitación a otra, y su voz que me dice hola y hasta luego...». Y eso me basta para sentirme dichosa. Deja una temporada tus cuartillas. ¿Por qué no intentas abrirte paso en tu carrera? Tus dictámenes han sido elogiados por el Ayuntamiento... Te lo suplico, Dalmiro, lucha. Demuéstrame que eres un hombre y que yo no me he equivocado al quererte. **(Suena dentro el timbre de la puerta. PILAR hace ademán de abrir.)**

DALMIRO.- Visitas de pésame, no, Pilar. Si es Gabriel, o el cura, o alguien por el estilo, les dices que no estoy.

PILAR.- Sí, Dalmiro. **(Hace mutis. Tarda unos segundos en regresar.)**

DALMIRO.- ¿Quién es?

PILAR.- Era Jesús Jiménez, el maestro. Venía a avisarte que se reúnen hoy en el grupo escolar, por si puedes ir.

DALMIRO.- ¿Qué le has contestado?

PILAR.- Nada, que ya te lo diría. Volverá a saber tu contestación.

DALMIRO.- ¿Sabes para qué se reúnen?

PILAR.- Lo imagino. Llegó ese diputado de Madrid, del que hablan

tanto, ¿no?

DALMIRO.- Sí. **(Transición. Como si pensase en voz alta. Tras una leve pausa.)** Acaso han tenido razón y mi comedia es mala, pero estoy seguro de una cosa: de que iba dirigida a un público que no se la merecía. ¿Me entiendes, Pilar? La habría comprendido mejor un público sin señoritos y sin burgueses.

PILAR.- **(Con cautela.)** Posiblemente...

DALMIRO.- Pero el público que tuvo no es sino la consecuencia natural de la vida española, tan a ras de tierra, tan vulgar, en la que la revolución aún no ha revolucionado nada. Y mientras la revolución no se haga de verdad, mi comedia, la que estrené y otras diez mil que pudiera estrenar, aburrirían siempre y no las comprenderían nunca. **(Calla, como si rumiase sus pensamientos.)**

PILAR.- ¿Qué piensas?

DALMIRO.- Eres capaz de creerte que si hablo así es por despecho, y que si te digo que hay que acabar con cuanto nos rodea, es solamente porque han pateado *Una tarde de lluvia*. Y te equivocas. Tú sabes bien que esa convicción me viene de muy antiguo. Y que cada vez la siento con más fuerza.

PILAR.- **(Levemente.)** ¿Y por qué no la llevas a la práctica?

DALMIRO.- **(Sorprendido.)** ¿Cómo dices?

PILAR.- Sí. Si estás convencido, si esa es tu manera de ver las cosas, ¿por qué no haces algo para que todos las vean como tú?

DALMIRO.- Te desconozco. Llevas mil años intentando catequizarme, pasarme a tu bando, y de pronto...

PILAR.- Yo creo, igual que tú, que lo que ha sucedido con *Una tarde de lluvia* es una injusticia. Y... puede que la razón sea esa que tú das. Sé que Jesús Jiménez lo comentó el otro día.

DALMIRO.- ¿Qué dijo?

PILAR.- Lo mismo que tú: que con un público más inteligente, la comedia habría ido de manera muy distinta.

DALMIRO.- ¿Dijo eso el maestro?

PILAR.- Me lo contó alguien que lo había oído. **(Pausa.)** ¿Qué piensas, Dalmiro?

DALMIRO.- Nada. **(Suena de nuevo el timbre de la puerta.)**

PILAR.- Ahí le tienes otra vez. Vete, te está esperando, Dalmiro. ¿O quieres que vayamos juntos?

(DALMIRO se la queda mirando, incrédulo, mientras se cierran las cortinas.)

(Es enero de 1936. El SARGENTO, en un acto de servicio, camina de arriba abajo, por el mismo escenario de sus paseos tradicionales en tiempo bonancible. Con él se cruza GABRIEL.)

SARGENTO.- La documentación, me hace el favor.

GABRIEL.- Sí... **(Saca una cartera y les muestra unos papeles.)** ¿Qué es lo que pasa, sargento?

SARGENTO.- Andan a tiros en La Navilla.

GABRIEL.- ¿Y ha habido muertos?

SARGENTO.- Creo que sí. De aquí han herido al del cine. Por poco le dejan seco de un balazo en..., ¿cómo se llama eso que tienen los toreros? ¡Ah! sí, la femoral...

GABRIEL.- ¡Caramba! ¡Pobre hombre! **(El SARGENTO concluye de examinar la documentación de GABRIEL.)**

SARGENTO.- Conforme. Siga.

GABRIEL.- Suerte. **(Y hace mutis. Por la lateral contraria, MONTEVERDE.)**

SARGENTO.- Su documentación.

MONTEVERDE.- **(Autoritario.)** ¡La suya!

SARGENTO.- ¿Cómo?

MONTEVERDE.- Bien claro está. La suya, he dicho. Para que me demuestre con qué autoridad me pide la mía.

SARGENTO.- Este uniforme... y esta amiguita... **(Se refiere a la pistola que lleva al cinto.)** , ¿no le bastan?

MONTEVERDE.- La pistola, para usar de la fuerza, sí; de la autoridad, no. Y el uniforme, yo podría habérmelo puesto igual que usted. Así que... repito... la documentación.

SARGENTO.- Es gracioso esto... **(Se abre trabajosamente la guerrera y saca de la cartera, sujeta por una liga, el carnet.)** ¿Se da por satisfecho?

MONTEVERDE.- He de cotejarlo... Cómo se ha avejentado usted, amigo. Pero sí, es el mismo. Conforme.

SARGENTO.- Basta de bromas. Su documentación, he dicho.

MONTEVERDE.- Soy un indocumentado.

SARGENTO.- ¿No tiene usted papeles?

MONTEVERDE.- ¡Ah, papeles, sí! Para dar y tomar, señor sargento... *Agua amarga, Tragaluz, Cielo abierto, Lago Norte...*

SARGENTO.- Oiga, oiga... ¿Ha bebido usted? ¿Cuál es su nombre?

MONTEVERDE.- Caiga de rodillas, sargento, como si se, le apareciese Santiago Apóstol: soy Monteverde.

SARGENTO.- Anda ya... No le había conocido. Siga, buen hombre.

MONTEVERDE.- ¿Buen hombre yo? Nadie me había dicho eso hasta ahora. Adiós, sargento.

SARGENTO.- Abur, amigo.

(MONTEVERDE hace mutis por la lateral contraria a la de su aparición. Alguien más llega. El SARGENTO se dirige a él. Se le oye decir: la documentación...)

(Mutis. Las cortinas se descorren. Están en escena PILAR, sus padres, nuestros viejos amigos don ANTONIO y ENGRACIA y GABRIEL. Es enero de 1936.)

ENGRACIA.- **(Hipa contenidamente.)** Sí, es muy fácil que le digan

a una que deje de hipar; pero yo quisiera saber qué madre en mis mismas circunstancias no hiparía también.

ANTONIO.- A eso no hemos venido, Engracia, y bien te previne a tiempo.

ENGRACIA.- Hacía meses que no veía a mi hija, y ahora me la encuentro así, sola y con su marido en la cárcel.

ANTONIO.- Lo cual, a mí, no me ha causado ninguna sorpresa.

PILAR.- Escucha, papá; si lo que te propones es mortificarme, prefiero que os marchéis cuanto antes.

GABRIEL.- (**Un poco incómodo.**) Yo espero tener noticias dentro de unos minutos. Voy al teléfono, y volveré en seguida.

PILAR.- Muchas gracias por todo, Gabriel.

GABRIEL.- No me despido... (**Y hace mutis.**)

ANTONIO.- Hija mía, por muy alejada que te encuentres de nosotros en todos los órdenes, yo creo mi deber hablarte con claridad. A tu marido le han detenido como inductor moral de los sucesos del domingo.

PILAR.- Ya lo sé.

ANTONIO.- ¿Sabes también a qué partido se ha afiliado?

PILAR.- Sí.

ANTONIO.- ¿Y tú no hiciste nada para evitarlo?

PILAR.- No. Yo le alenté para que se afiliara.

ENGRACIA.- ¿Qué estás diciendo, hija mía?

ANTONIO.- ¡Cállate, Engracia!

PILAR.- Cuando fracasó su obra, él tuvo la sensación de que su vida se había acabado. Yo temí cualquier cosa... Hasta el suicidio. Fue entonces cuando vinieron a proponerle que se afiliase. Yo pensé en la política como un derivativo, como una tabla de salvación... Y creí que aquello, con ser malo, lo era menos que el que se me pegase un tiro... Después, más sereno, intenté disuadirle, hacer que se volviera atrás; pero era tarde.

ANTONIO.- ¿Tú has podido empujarle a un disparate semejante?

PILAR.- Tuve miedo de que se matase, eso es todo. Quizá me he equivocado al aconsejarle así; pero, si me viese en las mismas circunstancias, creo que volvería a hacer lo mismo.

ANTONIO.- Tu suerte, hasta ahora, no ha sido muy envidiable. Pienso que en lo sucesivo aún lo será menos.

PILAR.- Seguramente. Pero mi deber es seguir a su lado.

ANTONIO.- Me pasa lo peor que podía pasarme. Ver cómo la vida me ha dado la razón contra ti. No cabe un éxito más triste.

PILAR.- Es posible.

ANTONIO.- Yo presentía todo esto. Así ha sucedido, punto por punto. Y aún queda el final. (**Transición.**) Pilar, ¿quieres realmente a Dalmiro?

PILAR.- ¿Cómo se te ocurre preguntármelo? Claro que le quiero... Y más cuanto más desgraciado es. Me inspira una piedad inmensa. Llevo

diez años a su lado, viéndole sufrir, día tras día. Ese dolor me ata a él tremendamente.

ANTONIO.- Dalmiro no siente como tú.

PILAR.- ¿A qué te refieres?

ANTONIO.- ¿Es posible, Pilar, que ignores lo de Cristina?

PILAR.- **(Palidece, en efecto, al oír ese nombre.)** ¿Qué es lo de Cristina?

ANTONIO.- Cristina es su amante.

PILAR.- ¡No!

ANTONIO.- Yo lamento ser el que venga, aquí y hoy..., a abrirte los ojos. Pero es verdad. Y lo que no comprendo es cómo no estás enterada tú.

PILAR.- Pero entonces...

ANTONIO.- También te hablé yo de Cristina antes que te casases, y claramente. Para mí tampoco ha sido una sorpresa.

PILAR.- Tu clarividencia es espantosa, papá.

(ENGRACIA llora desde hace unos segundos. Sus sollozos tercian en el diálogo súbitamente.)

¿Por qué lloras tú?

ENGRACIA.- Por ti, hija mía.

PILAR.- No tienes por qué llorar; yo no lloro.

ANTONIO.- Pilar, tú harás lo que te parezca. Nosotros hemos venido a decirte que la casa de tus padres sigue siendo la tuya, y que, si quieres volver a Madrid con nosotros, puedes hacerlo.

PILAR.- Gracias, papá.

ENGRACIA.- Tu cuarto está igual que lo dejaste, hija mía; nadie lo ocupó desde entonces.

PILAR.- No volveré.

ANTONIO.- Eso, allá tú.

PILAR.- Os agradezco mucho lo que me decís... Porque la verdad es que yo no he sido una buena hija para vosotros.

ENGRACIA.- Menos mal si lo reconoces.

PILAR.- No..., yo sé bien por qué no. Pero... no podría volver.

ANTONIO.- ¿Piensas continuar en Villaloma?

PILAR.- ¿Qué remedio me queda?

ANTONIO.- Como gustes. Vámonos, Engracia.

ENGRACIA.- Anda, Pilarcita...

ANTONIO.- Déjala, Engracia, no insistas.

ENGRACIA.- Bueno, bueno. **(Hace mutis por el foro, seguida a poco por ANTONIO.)**

ANTONIO.- Adiós, hija.

PILAR.- **(De cara al público.)** Adiós...

(GABRIEL debe cruzarse con ellos en la calle, porque entra en seguida. Ve a PILAR y se detiene. Hay una pausa de unos segundos.)

GABRIEL.- Creo que lo de Dalmiro se arreglará pronto. Han convocado elecciones para el diez y seis de febrero, y mucho antes es fácil que...

(PILAR, que ha contenido sus nervios difícilmente, los deja en libertad ahora. Se echa a llorar de pronto. GABRIEL no trata de evitarlo. Se acerca a ella, y con ternura y respeto le acaricia el pelo. Se le oye decir, mientras se hace el oscuro:)

Pobre niña, pobre niña...

(Julio de 1936. Una mujer de pueblo, vestida pobremente, con un pañuelo anudado en la cabeza y un hatillo en las manos, está sentada en un banco de la izquierda. En realidad, no es tal mujer. Trátase de DON ABILIO, así disfrazado. Huelga decir que, para semejante mudanza, sacrificó su masculino bigote y está dispuesto, sin duda, a sacrificar su no menos masculina voz llegado el caso. Por análoga mutación, aunque de menor empeño, pasó el sacerdote. Este no cambió de sexo, sólo de estado: del eclesiástico al seglar. Vedle ahora por la izquierda. Viste un pantalón claro y una camisa de color. Llega despechugado y sin corbata. Está citado con DON ABILIO; pero al principio ninguno de los dos se reconoce. Ahora entra el CRONISTA por la izquierda.)

CRONISTA.- Amigos míos, empieza la parte espinosa de mi relato. ¿Saben por qué? Porque todo lo que he contado hasta ahora pasó antes del dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, y todo lo que voy a contarles, a partir de ahora, pasó después. En esos años, y con independencia del destino común, cada español vivió una vida terriblemente intensa. Vivió escenas de tragedia y epopeya, escenas de comedia y aun de sainete, porque no hay circunstancia, por dramática que sea, en la que no se filtre, sin saber cómo, una nota de mayor o menor comicidad. ¿Quién creen ustedes, por ejemplo, que es ese personaje despechugado, en mangas de camisa, que acaba de aparecer? Reconocerán en seguida a nuestro buen párroco de Villaloma, don Daniel Martínez. Véanle ir y venir, buscar a alguien y marcharse sin encontrarle. ¿Por qué viste así? ¿No lo adivinan?; y ¿quién creen que es esta pobre mujer acurrucada y silenciosa en el banco de la carretera? Seguro estoy de que, si me acerco de ella, no me contestará apenas: lo hará de mal talante, se negará a hablarme. **(Lo hace, le da una palmada en el hombro. La vieja -DON ABILIO- gruñe con destemplanza sin articular palabra.)** Oiga, oiga, señora...; ¿se ha quedado usted muda? **(Transición.)** ¿Ven ustedes cómo no habla? ¡Ah! ya comprenderán por qué guarda este silencio: razones tiene. Ahora hablará cuando vuelva a aparecer don Daniel Martínez. Solo les pido comprensión para que me oigan hasta el final. Sí, yo sé que este relato entra en su parte más delicada y difícil. Espero que ustedes sabrán escucharlo serenamente... Sin pasión y... hasta con cierta lejanía.)

(Mutis por la izquierda. En este momento, DON ABILIO, que

identifica al PÁRROCO, se le acerca.)

PÁRROCO.- No tengo nada suelto, hermana.

DON ABILIO.- ¡Qué hermana ni qué rábanos! Soy don Abilio, padre.

PÁRROCO.- ¿Pero es posible...? ¡Qué maravilla de disfraz, don Abilio!

DON ABILIO.- Las ropas de mi mujer que en paz descanse.

.- PÁRROCO. (**Señalando el hatillo.**) ¿Y qué lleva usted ahí?

DON ABILIO.- Lo indispensable. Un par de puros, por si no me muero; una muda y la *Gillette*.

PÁRROCO.- Mala cosa para un registro.

DON ABILIO.- ¿A quién voy a parecer sospechoso?

PÁRROCO.- Sospechosa, diga usted sospechosa.

DON ABILIO.- Ya comprenderá usted. Es la costumbre de tantos años de decir sospechoso.

PÁRROCO.- Claro, claro. Bueno; ¿y qué hay?

DON ABILIO.- Todo en orden. El carro debe de estar a punto. El chico dará un silbido cuando sea su momento.

PÁRROCO.- ¿Y noticias?,

DON ABILIO.- Las tropas han llegado a Sevilla y sigue el avance. Pero por aquí es tremendo. Ayer mataron al del cine, que le habían herido cuando lo de La Navilla. Era un predestinado. Y hoy fueron buscando a Monteverde. ¿Sabe quién? El Quintana del demonio. Ha formado un Tribunal Popular, y ya han condenado a muerte a don Ignacio Cuervo y al que fue alcalde de la Dictadura. Monteverde había huido, que si no...

PÁRROCO.- Y usted, ¿qué va a hacer?

DON ABILIO.- Yo me quedo en el Molinillo. A capear el temporal, que no creo que dure mucho. ¿Y usted?

PÁRROCO.- El carro me dejará en el apeadero, ¿no? Pues yo intentaré llegar a Madrid... Allí es más fácil perderse.

DON ABILIO.- Creo que es lo que ha hecho Monteverde.

PÁRROCO.- Buena suerte, don Abilio.

DON ABILIO.- Ahora soy yo quien le llama la atención, señor cura: doña Abilia.

PÁRROCO.- Comprendo; pero, puestos a llamamos la atención, tampoco me llame usted señor cura.

DON ABILIO.- Es verdad. ¿Cómo he de llamarle?

PÁRROCO.- Martínez.

DON ABILIO.- De acuerdo. (**Dentro se oye silbar el «Himno de Riego».**) Ha llegado el chico...

PÁRROCO.- ¡Caramba con el chaval...! ¿Y no podría silbar otra cosa?

DON ABILIO.- Hay que disimular... (**Va a llamarle señor cura, pero se detiene.**) señor Martínez.

PÁRROCO.- También tiene usted razón..., doña Abilia.

(Hacen los dos mutis por la derecha. Al descorrerse las cortinas nos encontramos en un bar. Hay un pequeño mostrador a la derecha y unas mesitas con sillas. Detrás del mostrador, la REMEDIOS, una tiorra pechisacada, maquilladísima, se dirige a la clientela con chulería y desgarro. Cuando les sirve un vaso de tinto, parece perdonarles la vida. Sentado en una mesa del centro está DON DANIEL, el PÁRROCO de Villaloma. Viste como en el cuadro anterior. Tiene a su lado un mazo de cartas y unas alubias que, llegado el caso, usara como fichas de juego.)

REMEDIOS.- ¿Qué va a ser, amigo?

PÁRROCO.- Sírvame usted...

REMEDIOS.- **(De pésimo talante.)** ¡Ehhh! ¿Qué modales son esos! Sin faltar, ¿eh?

PÁRROCO.- **(Que está de espaldas al mostrador, gira levemente la cabeza, en parte atemorizado, en parte sin comprender nada.)** No entiendo... No creo haberle faltado... Le he dicho a usted que me sirva...

REMEDIOS.- ¿Y qué es eso de tratarme de usted? ¿A santo de qué? Al que me llame de usted le parto los dientes, ¿nos enteramos? **(Apaga la radio.)**

PÁRROCO.- ¡Ah, bueno, bueno! No lo volveré a hacer, descuida... Como por este Madrid anda tanto traidor disfrazado...

REMEDIOS.- Bueno; ¿qué va a ser?

PÁRROCO.- Lo que te salga de las narices.

REMEDIOS.- ¿Un «whisky»?

PÁRROCO.- **(Al que se le nota con bastante claridad que no sabe bien con qué se come, o más bien con qué se bebe eso.)** Pues un «whisky».

REMEDIOS.- ¿Blanco o tinto?

PÁRROCO.- **(Como si se tirase al agua.)** Blanco. **(REMEDIOS le prepara, sucintamente, a nuestro buen PÁRROCO el clásico «Whisky» de las tabernas madrileñas: vino con sifón. A su espera, DON DANIEL comienza un solitario.)**

PÁRROCO.- Poca gente tienes hoy.

REMEDIOS.- Las doce... No son horas. Más tarde se anima,

(De improviso, por el foro, MONTEVERDE. Diríase que le vienen pisando los talones y que aquel es su puerto de salvación. MONTEVERDE ha intentado enmascarar su fisonomía habitual de la mejor manera posible. Viste desharrapadamente y acusa en su cara las huellas de sufrimientos muy próximos y muy graves. Ahora se recobra, se acerca al mostrador y con el mismo aire de su buena época chicolea a REMEDIOS al pedirle un coñac.)

MONTEVERDE.- Un doble de coñac, guapa.

REMEDIOS.- ¿Va bien este? **(Le enseña una botella.)**

MONTEVERDE.- Va bien. **(Y se lo bebe de un trago. REMEDIOS le mira asombrada. MONTEVERDE se excusa.)** Debí haberte pedido un cuádruple... Dame otro. **(Este se dispone a beberlo más**

parsimoniosamente. Recorre con la mirada el local. Se aleja del mostrador, y es entonces cuando reconoce al PÁRROCO. El PÁRROCO le reconoce también. De la sorpresa se le atraganta el «whisky». Hay un momento de mutuo titubeo, que pronto zanja el recién llegado.) ¡Curro! ¿Cómo vas, muchacho? Ya sé que estuviste en la sierra zumbándole la badana a esos facciosos. Sí, señor; eso es un hombre. (Se bebe el coñac.) Otro coñac, rica. (Le alarga la copa, que REMEDIOS llena.)

PÁRROCO.- Me dijeron que te habían herido en Guadarrama.

MONTEVERDE.- ¡Bah, poca cosa! Un rasguño sin importancia... ¿Qué no hará uno por la causa? (A REMEDIOS.) Tú, abre la radio, guapa, que quiero música para celebrar este encuentro... ¡No sabes lo que me alegro, Curro de mi alma!

REMEDIOS.- Va... (De la radio sale tenuemente la voz de un cantaor de flamenco sobre el rasgueo de una guitarra.)

MONTEVERDE.- ¿Qué hacías? ¿Solitarios? Te echo un mus, galán.

PÁRROCO.- Contigo, no tengo ni para empezar.

MONTEVERDE.- (Mientras da las cartas.) No presumas, cariño, no presumas...

(Un nuevo cliente llega ahora. Se acerca al mostrador, pide algo a REMEDIOS, que se lo sirve, y con la que enhebra una charla.)

PÁRROCO.- Aquí están los tantos. (Los coloca en el centro.)

MONTEVERDE.- Media botella de coñac entre pecho y espalda y un gramo de cocaína por las venas, así, tan de mañana, ¿cree usted, padre, que puede ser un vicio de nulidad para una confesión general?

PÁRROCO.- No. ¿Le persiguen?

MONTEVERDE.- Para matarme.

PÁRROCO.- Grande llevo.

MONTEVERDE.- Yo también. Envido.

PÁRROCO.- Yo también. (Transición.) Le escucho.

MONTEVERDE.- Me confesé la última vez el año veintidós...

PÁRROCO.- Hace catorce. Siga, hijo mío.

MONTEVERDE.- Desde entonces..., desde antes..., en mi vida no hay sino vicio.

PÁRROCO.- ¡Órdago a la grande!

MONTEVERDE.- Quiero. (Se enseñan las cartas mecánicamente. Después, uno de ellos baraja y da de nuevo.)

PÁRROCO.- No importa: ha estado usted lejos de la iglesia, pero acaso no tan lejos de Dios.

MONTEVERDE.- Yo siento a Dios... como un amigo.... como un hermano mayor, y... ahora, en medio de este caos.... más que nunca. Pero me acuso de mi corrupción -de mi degradación, sí, y de mi orgullo satánico- porque Él me dio talento, muchísimo talento, más que a nadie en mi generación, ¡ah, sí, créame, padre! Y ese talento lo he empleado, como una turbina, para alimentar mis vicios... Lo he prostituido,

emborrachándome, drogándome.

(Se oye una gran carcajada de REMEDIOS y su cliente. Al parecer; están divertidísimos. En el diálogo de MONTEVERDE y el PÁRROCO se produce una pausa.)

Las mujeres han sido la razón de mi vida... Y si una ha andado de por medio, no he respetado nunca nada... **(Nueva pausa.)**

REMEDIOS.- ¿Quién gana?

PÁRROCO.- Eso ni se pregunta. Menda lerenda.

MONTEVERDE.- Mus.

PÁRROCO.- Ni mus ni... historias.

REMEDIOS.- ¡Jinojo, qué finolis!

PÁRROCO.- Envido a la grande y a la chica.

MONTEVERDE.- Quiero a la chica. **(Transición.)** He hecho daño, y estoy seguro de que me lo van a cobrar... al precio de la vida... Cuando ese momento llegue, quisiera que Dios me hubiese perdonado ya.

PÁRROCO.- Dios va a perdonarte, hijo mío, cuando yo te absuelva.

MONTEVERDE.- ¡Qué paz me da oírle!

PÁRROCO.- Rece el Señor mío Jesucristo.

MONTEVERDE.- No me lo ponga tan difícil, padre. ¿El Avemaría sirve?

PÁRROCO.- Sirve.

MONTEVERDE.- **(En voz baja, con la misma ternura de un ser desvalido.)** Écheme una mano si me atasco.

PÁRROCO.- **(Conmovido, le aprieta el brazo.)** No se preocupe.

MONTEVERDE.- **(Mientras baraja.)** Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...

PÁRROCO.- ... y bendito sea el fruto...

MONTEVERDE.- Gracias. ¿Lo vio usted...? de tu vientre: Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

(Por el foro, DALMIRO. Le acompañan JIMÉNEZ y ANDREA. Los tres van armados.)

DALMIRO.- ¡Por fin!... ¡Las fuerzas vivas de Villaloma! **(El PÁRROCO y MONTEVERDE se ponen en pie. Al PÁRROCO.)** Contra usted no va nada, padre.

MONTEVERDE.- **(Con bravura.)** ¡Hola, Dalmiro Quintana! **(Se bebe el coñac que le quedaba de un trago, con el visible propósito de tomar fuerzas para el que le aguarda.)**

DALMIRO.- Es con este felón con quien tengo que arreglar cuentas.

MONTEVERDE.- Eso es cosa de poco. Dispare usted cuando quiera. ¿Sabe, de verdad, de verdad, por qué me mata? Porque usted ha fracasado y yo no, **(DALMIRO dispara sobre MONTEVERDE.)** Y las

revoluciones... se han hecho para eso..., para restablecer el equilibrio.
(MONTEVERDE se desploma herido.)

PÁRROCO.- (Solemnemente, con entereza.) «*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filli et Spiritus Sancto...*».

MONTEVERDE.- Un último pecado, padre... Mentí también... En *Planetario*... no hay nada bueno.

(DALMIRO dispara otra vez. MONTEVERDE muere. Se cierran las cortinas. Suenan jubilosamente las campanas de la iglesia. Otra vez estamos en la carretera de Villaloma. DON ABILIO, que ha recobrado su bigote, sentado en el banco, parece esperar a alguien. Es el PÁRROCO el que, vestido de nuevo con sus hábitos sacerdotales, llega por la izquierda. DON ABILIO sale a su encuentro. Abril de 1939.)

DON ABILIO.- Don Daniel... Temí que no viniese ya.

PÁRROCO.- Me he retrasado un poco; pero no podía faltar a la inauguración de nuestros paseos.

DON ABILIO.- Segunda época, don Daniel.

PÁRROCO.- Sí, hijo, sí. Nunca creí que saliésemos con vida de la primera.

DON ABILIO.- El sargento la perdió.

PÁRROCO.- Pobre amigo... Hemos de echarle mucho de menos... Villaloma ha pagado buena contribución de sangre.

DON ABILIO.- Qué, ¿andamos un poquito, señor cura? Mayo está al caer, y corre una brisita que da gloria.

PÁRROCO.- Andemos... (Van a iniciar su peripatético diálogo.) ¿Se acuerda usted, don Abilio, de las cosas que hacía nuestro querido sargento para quedar entre los dos cuando dábamos la vuelta?

DON ABILIO.- (Se ríe.) Sí... Yo se lo impedía siempre para que no perdiese usted la presidencia.

PÁRROCO.- Es usted el diablo en persona. Más bien para que no la ocupara él.

DON ABILIO.- A su gusto.

PÁRROCO.- Esta primera vuelta la daremos en silencio y dejándole el centro. ¿Quiere usted?

DON ABILIO.- ¡Es una idea magnífica! (Echan a andar, en efecto, como si entre los dos pasease el SARGENTO. Cercanos ya al mutis, se detienen.) ¡Pobre sargento!

PÁRROCO.- (Mientras se persigna. Dios le tenga en su Gloria. (En el momento de girar, llega GABRIEL.)

GABRIEL.- Buenas tardes, señor cura. Buenas tardes, don Abilio.

PÁRROCO.- ¿Qué tal, don Gabriel?

GABRIEL.- Venía buscándole, padre.

PÁRROCO.- ¿De qué se trata?

GABRIEL.- Han condenado a muerte a Quintana.

PÁRROCO.- Lo suponía.

DON ABILIO.- Se lo ha ganado a pulso.

PÁRROCO.- Pilar declaró que Monteverde había querido abusar de ella. Y Quintana ¿no lo declaró también?

GABRIEL.- No.

PÁRROCO.- ¿Por qué dijo que había matado a Monteverde?

GABRIEL.- Estuvo atroz. Aún recuerdo sus palabras: «Porque fue el primero en decirme la verdad, y eso no se perdona nunca». Después añadió que Monteverde se había burlado de él, fingiéndole una estimación literaria que no sentía, para acercarse a su casa... Y nada más.

DON ABILIO.- Y de las sentencias del Tribunal que él presidió, ¿qué dijo? ¿Y de sus artículos pidiendo nuestras cabezas?

PÁRROCO.- Calle, don Abilio.

DON ABILIO.- No le compadezca usted, señor cura, que no lo merece. El tal Quintana fue siempre un presuntuoso y, al final, un canallita.

PÁRROCO.- ¿Sabe lo que de verdad ha sido Dalmiro Quintana? Uno de los seres más desgraciados que yo he conocido en mi vida.

DON ABILIO.- ¡Ah, sí! Puede...

PÁRROCO.- ¿Y sabe usted cuál ha sido la causa de su desgracia? La desproporción entre su ambición, que no tenía límites, y su inteligencia, que sí los tenía. Pienso, dicho sea de paso, que esa es la clave de una gran parte del sufrimiento humano. No obstante, yo estoy convencido de que para ser feliz no hace falta mucha inteligencia, y él tenía más de la suficiente. Si no consiguió serlo es porque se equivocó al medirla y creyó que no se le hacía justicia, y acabó siendo un resentido.

DON ABILIO.- Como todos los de su cuerda. **(Han echado a andar poco antes. El PÁRROCO se detiene, poniéndole a DON ABILIO una mano por el hombro.)**

PÁRROCO.- Escúcheme, don Abilio. No mereceríamos haber ganado la guerra si imaginásemos que en el lado contrario solo hubo resentidos. Hubo también almas limpias, equivocadas, pero limpias. Y acabaríamos echando a perder la victoria si fuéramos incapaces de traerlas a nuestro campo y de quitarles, para hacerla nuestra, la parte de razón que les indujo a engaño.

DON ABILIO.- Bueno, señor cura; si no cree que todos los del otro lado eran unos resentidos, reconozca, al menos, que todos los resentidos eran del otro lado.

PÁRROCO.- También es una afirmación discutible; pero ya sería más fácil que nos pusiéramos de acuerdo en eso. En fin, Gabriel; ¿usted quería algo de mí?

GABRIEL.- Sí, y no muy agradable. Venía a pedirle que se lo dijera a su mujer.

PÁRROCO.- Usted manda. Yo fui el primero que le di una buena noticia. Dios dispone que sea también el que le dé esta tan distinta.

DON ABILIO.- Les dejo entonces. ¿Nos veremos mañana, padre?

PÁRROCO.- Hecho.

DON ABILIO.- ¿Por qué no se une a nosotros, don Gabriel? Nos paseamos al oscurecer por la carretera..., y tenemos sin cubrir una vacante.

GABRIEL.- Muchas gracias, don Abilio. Algún día los acompañaré.

DON ABILIO.- Adiós. Buenas tardes. **(Y hace mutis por la izquierda.)**

PÁRROCO.- ¿Vamos?

GABRIEL.- Cuando guste. **(Caminan en dirección contraria.)**

PÁRROCO.- ¿Usted vio a Quintana?

GABRIEL.- Sí.

PÁRROCO.- ¿Cómo le encontró de ánimo?

GABRIEL.- Se rebela a la idea de la muerte. Había vuelto a escribir, y, según él, deja terminado un libro extraordinario. Claro que, de publicarse, se venderán cincuenta ejemplares. Como en vida..., es su cupo. Pero no se resigna a la idea de morir antes, y maldice de su destino. Odia a todo y a todos.

PÁRROCO.- ¿No se ha arrepentido entonces?

GABRIEL.- De haber abandonado a Pilar, únicamente. Sólo que, primero, le habían abandonado a él.

PÁRROCO.- No lo entiendo.

GABRIEL.- Tuvo una amante. Y le dejó.

PÁRROCO.- No merecía eso su mujer. Es admirable.

GABRIEL.- Cierto. Jamás he conocido a un ser tan noble, tan digno como Pilar.

PÁRROCO.- .Pobre amigo...

(Hacen mutis, lentamente, en silencio por la derecha. Casi simultáneamente el CRONISTA llega por la izquierda.)

CRONISTA.- Dalmiro Quintana fue ejecutado al amanecer del día ocho de junio de mil novecientos treinta y nueve. Murió con entereza.

(Entre las cortinas se abre paso DALMIRO.)

DALMIRO.- **(Se dirige hacia la derecha.)** ¡Ya acabó todo! ¿Dónde está esa flecha invisible que dice: «A la fama, al éxito, a la gloria»? ¿Dónde está? ¿Para quién luce? ¿Y en dónde nace la senda que lleva a ese rincón dorado? Y, al fin, y a la postre, ¿qué pueden importarme esas quimeras? **(Mutis por la derecha.)**

CRONISTA.- Murió con entereza, sí. Sin embargo, sus últimas palabras frente al pelotón, dos palabras nada más, pero hacia abajo, negativas, cargadas de odio, fueron terribles. Tanto, que no me atrevo a repetir las. Estaba amaneciendo. Alguien en libertad, del otro lado de las tapias de la cárcel, ajeno a lo que iba a suceder, pasó silbando no sé qué tema banal. **(Se oye, en efecto, silbar una cancioncilla cualquiera en tiempo de marcha.)** Y de pronto, la descarga. **(Se oye la descarga.)** Y eso fue todo. Los periódicos dieron la noticia de que se había cumplido la sentencia. Fue la última vez que salió su nombre en letras de molde. Desde entonces no ha vuelto a hablarse más de Dalmiro Quintana.

(Y hace mutis por la izquierda. De improviso, DALMIRO se abre paso entre las cortinas del foro y avanza hacia las candilejas. También puede hacer su entrada por el pasillo central del patio de butacas. En ese caso, una escalerilla habrá de estar preparada para que pueda subir por ella al escenario al terminar su parlamento. Habla febrilmente.)

DALMIRO.- Un momento, señores, un momento. ¿Pero ha muerto realmente Dalmiro Quintana o vive aún? ¿No tiene, por lo menos, algo de su espíritu aquel que cree siempre que su derrota es una injusticia y el triunfo ajeno una estafa; el que desdeña al que está por debajo y odia al que está por encima; el que no se aviene a reconocer que la culpa de su fracaso es solo suya, de su mediocridad, y la atribuye o a su tiempo o a su patria? ¿No nos cruzamos a diario en la calle con otros como él? ¿No los tenemos a nuestro lado en el tranvía, en la oficina, en el café?... ¿No es aquel también Dalmiro Quintana?

(Señala imprecisamente al patio de butacas, mientras sobre su interrogante cae con lentitud el TELÓN.)

FIN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo